



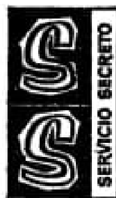
PUÑOS DE GRANITO

mikky roberts

MIKKY ROBERTS

PUÑOS DE GRANITO

Col. SERVICIO SECRETO n.° 687
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19.156 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: OCTUBRE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2906/63

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
711. Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:
651. Una estrella con problemas.

En Colección BÚFALO:
395. Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:
300. Falso rural.

En Colección TEXAS:
368. Juego duro.

En Colección COLORADO:
275. La calavera de plata.

En Colección KANSAS:
174. Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES OESTE:
212. Herencia fúnebre.

En Colección BRAVO OESTE:
100. Sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:
75 Vampyr.

PUÑOS de GRANITO

por MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

Glenn Adams abrió la puerta y entró en el apartamento con la desenvoltura que le daba la repetición diaria de los mismos movimientos. Sin embargo, antes de cerrar, quedó inmóvil, sorprendido. Melisa Wells le miraba furiosamente con sus ojos oscuros y relampagueantes. Debió haberse sentado en el brazo del sillón de cuero rojo, pero ahora se había deslizado hacia el interior, y su cintura quedaba abarcada por los brazos del rubio galán, que todavía no se había percatado de la interrupción, demasiado ocupado en besarla.

Melisa le apartó y se incorporó. Sus manos alisaron el vestido en las caderas. La gran melena platino le cubría en parte el fino rostro, prestándole un aire felino. El galán dio un salto y apretó los puños.

—No sabía que estabas en Nueva York, Melisa —con indiferencia saludó Glenn—. ¿Un viaje agradable?

—Oh, sí —la cólera femenina se esfumó para dar paso a una actitud muy suya, seductora e incitante—. Te presento a Guy Calvert, un amigo.

Glenn ni siquiera se molestó en mirarle.

—¿Sabe Sammy que has venido? —preguntó, como si no hubiera oído la presentación.

—No; quería darle una sorpresa. Imaginé que le agradaría saberme cerca, esta noche tan decisiva. Él es Glenn Adams, el secretario de mi marido —añadió, continuando con las presentaciones y mirando a Calvert.

El rubio esbozó una sonrisa y avanzó con la mano extendida.

Adams, deliberadamente, le volvió la espalda y guardó en el bolsillo la llave utilizada para abrir.

—Lárguese, Calvert. Si yo hubiera sido Sammy, ya estaría usted destrozado.

—¡Glenn! —chilló Melisa, revuelto el poso de sus ojos.

Calvert avanzó el mentón, agresivamente.

—¿No se toma demasiadas atribuciones para ser un vulgar secretario?

Adams se revolvió y avanzó hacia el galán. Estaba furioso. Los músculos de su rostro permanecían tensos como fibras de acero.

—Soy algo más: un amigo para él. Y ahora, ¡fuera!

Lo cogió de las solapas y lo empujó rudamente hacia la puerta. Calvert trastabilló, pero recobró el equilibrio y se precipitó sobre el muchacho. Este había visto demasiadas veces pelear a Sammy Wells, el ciclón negro, para saber cómo tenían que despacharse aquellos asuntos.

Jugó la cintura, dio un paso lateral, permitió que el puño de Calvert le rebasara, y entonces conectó su izquierda en el estómago de su rival. Este se dobló como si fuera de gelatina, abrió la boca ansiosamente para poner en funcionamiento el diafragma paralizado, y Gleen se la cerró con un derechazo impresionante. Crujieron los dientes, la cabeza saltó hacia atrás y un chorro de sangre se escapó por los labios. Guy Calvert fue a golpear con su largo cuerpo la puerta del apartamento, que retembló bajo el impacto, y se deslizó al suelo.

Glenn dio varias zancadas, apartó el cuerpo de Calvert, abrió la puerta y lo arrojó al corredor, cerrando acto seguido. Luego se volvió hacia Melisa.

—Es mucho mejor que te vayas tras él: hacéis una linda pareja.

Durante unos segundos, ambos se miraron. El fuego, la furia, la cólera de la joven se disolvieron lentamente. Gleen vio cómo su cuerpo se relajaba blandamente; percibió incluso el temblor de su piel bajo la ceñida funda del vestido.

—Eres adorable —susurró.

El muchacho se pasó una mano por el rostro y cruzó el «living» para servirse un poco de licor. Lo necesitaba. Bebió de un trago y al volverse tropezó con el cuerpo de Melisa.

—¿Me perdonas?

—Es estúpido lo que dices; te debes a Sammy.

Se apartó y recogió el fajo de correspondencia depositado sobre una mesa.

—Ese bruto…

Glenn empezó a abrir cartas, en su mayoría facturas o misivas de admiración pidiendo fotografías o consejos para ser un buen púgil.

—Debería odiarte, Glenn, por lo que has hecho. Nos has puesto en

ridículo, y…

—Muy bien, adelante.

—¿Es que no comprendes? ¡Por favor, sé humano una sola vez en tu vida! —estaba a punto de llorar, pero Adams sabía a dónde conducía aquello.

—Si has venido para crearle problemas a Sammy, es mejor que te vayas. Esta noche es su gran combate. Si vence, se convertirá en el campeón mundial de los semipesados. Pero para vencer debe poner todo su pensamiento en los puños: es su gran oportunidad, y no voy a permitir que se la estropees.

—¿Significa mucho Sammy para ti?

—Sí. Es mi amigo.

—Y algo más también: comes de su mano, como un faldero.

Glenn no la miró siquiera, entretenido con la correspondencia.

—Hace años que le acompaño. Tú no entenderías las razones. Su vida fue difícil y de muchacho le detuvieron numerosas veces. Estuvo en la cárcel y todos dijeron que acabaría muy mal. Yo lucho para sostener su fe y su moral. No ha sido fácil mantenerlo en el buen camino, pero hasta ahora he tenido éxito. Está al borde del triunfo, de la rehabilitación total. Me siento orgulloso de él, y estoy satisfecho de haber salvado a un hombre. Claro que es inútil que te cuente estas cosas.

—Muy bien, estás orgulloso de él, pero yo no. ¡No puedo soportarlo!

—¿Por qué te casaste con él? Yo quise impedir la boda, sabiendo que llegaría este instante.

—Tú lo sabes muy bien: era para mí una oportunidad. Me sacó de aquel garito. Pensé que ya no tendría que buscar desesperadamente el medio de ganar unos dólares para comprarme algo de ropa; que ya no debería soportar a nadie para vivir con desahogo.

—¿Y este es tu agradecimiento?

—¡Pero un marido es algo más que una montaña de músculos malolientes!

—¡Melisa! —gritó Glenn, asqueado por la crudeza de aquellas palabras.

—¡Sí! ¿Por qué voy a ocultarlo? ¡No puedo soportarlo! Me pongo enferma con solo verle a mí lado, con esa piel…

—Sammy no ha cambiado de color.

—Entonces no pensé en ello.

—¿Y ahora…?

—¡No voy a pasarme la vida aguantándome el asco!

—De acuerdo; lárgate entonces.

—Es lo que pienso hacer, pero me pertenece una indemnización.

—Entiendo; has venido al olor de la bolsa de esta noche.

—Sí; ¿por qué ocultarlo?

—Hablaré con Sammy al respecto.

Melisa parpadeó y sus largas pestañas al agitarse le confirieron un aspecto sensual. A largos pasos, para que la estrecha falda marcase sus caderas, se aproximó al muchacho.

—Nunca has querido comprenderme, Glenn —se sentó en el brazo del mismo sillón donde había tenido lugar la escena presenciada por Adams, y le pasó un brazo por la nuca—. Mírame bien, querido. Mira mi piel suave y blanca, mira mis labios… ¿comprendes por qué no soporto a Sammy?

—No, pues estoy acostumbrado a mantener mis compromisos hasta el final, cualquiera que sea la dificultad que surja.

Percibía el perfume de aquellos cabellos, y sentía en la nuca la cálida presión de aquel brazo que ponía en marcha sentimientos adormecidos. El rostro de Melisa estaba cada vez más próximo, y su aliento tenía el poder de inmovilizar al hombre sumergido en su influencia. Los rojos labios se entreabrieron iniciando un beso sofocante, pero Glenn ladeó la cabeza, apartó a la muchacha y se incorporó.

—Con la excusa de que Sammy precisaba entregarse por entero a su preparación física, has pasado un mes en Miami, imagino que muy bien acompañada por Guy Calvert. Vuelve con tus amistades a la dorada playa en la que te tostabas, y yo haré que Sammy te envíe mañana algo de dinero.

Melisa se irguió, tratando de ocultar el despecho que sentía por haber sido despreciada.

—¿Algo de dinero? —lanzó una carcajada agria—. No soy mujer que se conforme con poco, si puedo obtenerlo todo.

—Ve con cuidado, nena.

—¿Vas a decirme cómo debo de tratar a mí marido?

—Hoy no permitiré ninguna de tus tretas. Esta noche subirá al «ring», y tiene que hacerlo en plena forma, sin problemas en su cabeza. Debe vencer. Y vencerá, Melisa, aunque para ello tenga que tratarte como lo que fuiste hasta que Sammy cometió la estupidez de elevarte hasta dónde estás. Espero que me hayas comprendido.

—Cuidado con lo que haces, Glenn. Te lo he ofrecido todo, y me has despreciado. Eso es algo que nadie puede hacer sin lamentarlo.

—Olvidas que pisas un terreno resbaladizo. Bastaría que Sammy supiera la existencia de Calvert, para…

—¿Hay alguna prueba de ello? Está tu palabra frente a la mía, y yo sí puedo demostrarle que tú no sabes respetarme.

—¡No te atreverás a fingir algo tan sucio…!

Melisa rio y señaló la puerta.

—He oído el ascensor, Sammy debe estar llegando.

Casi en el acto se abrió la puerta, y un gigante oscuro, de labios gruesos y cuello poderoso, que la tirilla de la camisa no lograba ceñir, quedó un momento inmóvil, mirando a la hermosa rubia.

—¡Melisa! —exclamó con un entusiasmo que a Glenn le hizo daño.

Ella lanzó un grito corto y se precipitó en los brazos del boxeador.

—¡Querido!

Sammy la ciñó con sus poderosos brazos y la elevó del suelo, girando locamente y riendo mientras Melisa le acompañaba en sus risas y movía garbosamente las esbeltas piernas.

—Querido, querido, querido… —repitió una y otra vez, besándolo hasta que ambos perdieron las fuerzas.

Por fin, Melisa quedó en pie, junto a él, estrechamente abrazada. Sammy la acariciaba con embeleso, al tiempo que le susurraba tiernas frases que revelaban su amor. En el apartamento entró, siguiendo al boxeador, Max Elder, su preparador. Un hombre fornido, bajo, y de hombros y puños poderosos, que miró a Glenn con aprensión al ver a Melisa.

Adams se encogió de hombros, e hizo un ademán resignado. Al alzar los ojos tropezó con la mirada de la rubia que se dejaba besar, aparentemente satisfecha, mientras a sus ojos asomaba una expresión de burla y triunfo.

Elder se acercó al negro y le tocó en el brazo.

—A la ducha, Sammy.

—Oh, déjame ahora. ¿No ves que ha venido mi mujer?

—Un poco a destiempo, sin duda. Vamos.

—Oh, ¿por qué dices eso? ¡Tengo derecho a estar con mi mujercita ahora que ha venido!

—Hoy no. Recuerda: «Viking» Olson te aguarda esta noche en el «ring». Es una cita mucho más importante. ¡A la ducha y a la mesa de masaje!

Casi con brutalidad, apartó a Sammy, y lo empujó hacia el cuarto de baño.

—Sammy, ¿por qué te dejas tratar así? Ya no eres un chiquillo —protestó Melisa.

El gigante se detuvo y encajó la mandíbula.

—Eso es cierto. No me gustan tus modales —giró una mirada por el apartamento, abarcando en su observación a Glenn y al preparador—. Debéis recordar que el patrón soy yo.

—No seas tonto —desdeñó Elder—. Tú eres el púgil, y estás obligado a obedecerme. Las órdenes las doy yo. Siempre ha sido así. Y siempre lo será, si quieres ser un triunfador. Ahora, si prefieres arrastrarte a los pies de tu mujercita, adelante. Dímelo y me largaré en el acto. Y Glenn se vendrá conmigo. ¡Y no pierdas más el tiempo! Te estás enfriando y necesitas la ducha.

Sammy bajó la cabeza, dio media vuelta y entró en el baño. Max fue tras él y, antes de cerrar la puerta, miró a Glenn.

Quedaron otra vez solos. Pasó un minuto quizá sin que ninguno de los

dos se moviera o hablara una palabra. Luego, bruscamente, enfurecida, Melisa dio media vuelta y entró en el dormitorio, que cerró con fuerza.

Sonó el zumbador de la puerta y fue a abrir. Detrás del grueso cigarro habano, perpetuamente aprisionado entre los amarillentos dientes, se encontraba Francis Kramer, el promotor de la pelea que se iba a celebrar aquella noche.

—Felices, Glenn —entró sin quitarse el sombrero, y lanzó una bocanada de humo apestoso, seguramente contaminado con la suciedad acumulada por Kramer en treinta años de organizar combates de boxeo—. ¿Está Sammy?

—En la ducha. ¿Alguna novedad?

—No; simplemente saludarle.

La puerta del baño abrióse para dar paso a Max Eider. Una nube de vapor salió de allí. El «manager» estaba en mangas de camisa, enrollados los puños hasta el codo, y mostrando sus peludas extremidades. Tenía la camisa húmeda por el sudor y adherida al cuerpo.

—¿Tardará mucho tu campeón en salir? —preguntó Kramer, dirigiéndose a Max.

—Media hora más o menos. Pero puedes darme el encargo, si no es personal.

—La comprobación de peso se realizará a las cinco.

—¿Para eso has venido? Nos haces demasiado honor, Francis. Ni Joe Louis, en sus mejores tiempos, mereció esa distinción. ¿Qué te traes entre manos, Francis?

El promotor achicó los ojos, como si el humo le cegara, pero era un gesto instintivo cuando ideaba alguna de sus zorrerías.

—Muchacho, no das mucho margen de confianza a tus amigos.

Max se acercó, lento y pesado como un oso, afiladas sus pupilas.

—Te conocí cuando yo era un aspirante a cualquier título que tú quisieras ofrecerme, y desde entonces sé que no es posible fiarse mucho de ti. Por otra parte, distas mucho de ser mi amigo. Pero no te ofendes por mis verdades, ¿eh?

—Aprecio, sobre todo, la sinceridad.

—Entonces, predica con el ejemplo y suéltalo, hombre.

Kramer volvió a chupar el humo de su habano. Era un buen cigarro, sin duda, pero en la boca de su dueño apestaba.

—Esta noche ganará Sammy.

—De eso quiero convencerme yo también.

—Lo afirma con mucha seguridad, Kramer —intervino Glenn—. ¿Qué es ello? ¿Algún amaño?

El promotor le miró con desconsuelo.

—Este chico no aprenderá nunca, ¿eh, Max?

Pero a Elder no le gustaba aquel juego de palabras.

—Será mejor que nos des una explicación convincente, Francis. Nosotros jugamos limpio, por si tienes alguna duda. Sammy saldrá a ganar… pero con sus puños, no basado en lo que tú y yo podamos acordar.

—Sigues tan necio como siempre, Max. No sé cómo di esta oportunidad a tu moreno.

—Quizá porque viste en él una buena ocasión para ganar dinero. Sammy llena los estadios. Quieren ver pelear a un muchacho que ha salido del hampa y que, gracias a sus puños, está regenerándose. Es valiente y leal. Y lo ha demostrado en todas sus peleas: ni una sola vez, además, ha sido derrotado. Es un excelente historial. Y ahora, ¿soltarás lo que has venido a decir?

—Es fácil. Para tu muchacho es su primera gran oportunidad. Ganará. «Viking» Olson está gastado y ha cometido demasiadas tonterías: sospecho que no podrá rehabilitarse en esta pelea de hoy.

—El juez y el público lo decidirán a la vista de la pelea. Al final, la bolsa será para el mejor. Y no hay más que hablar, Francis.

—Oh, precisamente de eso se trata. Estoy en un apuro, muchachos. El Fisco, ¿sabéis? Si no pago dentro de cuarenta y ocho horas, se habrá acabado todo para mí. Hablé con «Viking» y está de acuerdo. Espero que Sammy esté dispuesto igualmente a echarme una mano.

—¿Qué es lo que dices, Francis Kramer, viejo zorro? —silabeó Max Elder, apretando los puños—. ¿Acaso pretendes darme a entender que no habrá bolsa?

—Veo que no me entiendes, y que sigues teniendo cierta animadversión hacia mí —por un momento le envolvió el humo y Glenn tosió—. Es una circunstancia momentánea. Un… préstamo. O un pago diferido por mí parte, como quieras. Le daré a Sammy hasta el último centavo e incluso le haré ganar mucho más dinero. He traído un contrato para una gira por Europa que…

Max se puso los puños en los costados y se plantó ante el promotor, inamovible.

—Escúchame, Francis. Esta noche, después de la pelea, si Sammy gana, nos darás hasta el último centavo. Allá tú con tus problemas con el Fisco. Si te encierran por fraude al Estado, no harán sino una gran obra de justicia: mereces eso y mucho más. Y ahora… voy con mi campeón.

Kramer le miró durante un largo rato, rígido, encajadas las mandíbulas. Los amarillentos dientes trituraron con tanta fuerza el cigarro, que este cayó cortado al suelo.

—Debes estar loco para responderme así.

Dio media vuelta y salió violentamente. Un cuadro colgado cerca de la puerta saltó de la escarpia y cayó al suelo con estrépito. Glenn fue a decir algo, pero el zumbador volvió a sonar y prefirió abrir.

—Me dio la impresión de que le habíais socarrado las posaderas —dijo

a guisa de saludo un muchacho delgado y fibroso, muy pálido por una prolongada vida de noctámbulo en locales cerrados—. ¿Qué le habéis hecho al todopoderoso Kramer? Él ha hecho posible que Sammy pelee esta noche, y no parece estar muy satisfecho de ello.

—Hola, Phil. Entra —gruñó Glenn, cerrando detrás del periodista—. Si tratas de hablar con Sammy, será mejor que no pierdas el tiempo. Vuestras preguntas le ponen nervioso, y hoy necesita todas sus energías en el «ring».

—Lo comprendo. Caray, Max: me recuerdas a un mastín al que de pronto le han birlado la presa que iba a despachar de una dentellada. La verdad es que venía detrás de Kramer. Es un tipo que no madruga, y me extrañó verle salir de su guarida a estas horas, así que decidí ver qué se traía entre manos. Al parecer, era muy interesante esta entrevista.

Se dejó caer en el sillón de cuero rojo, y con el pulgar obligó a su sombrero a caer hacia la nuca.

El preparador cruzó el «living» y se plantó ante el periodista deportivo.

—Oye, Phil, me cargan los periodistas con la mente sucia.

Phil Lydon abrió los brazos, como poniendo al mundo por testigo de la injusticia que se cometía con él.

—¿Por qué me hablas en ese tono? No recuerdo haber despegado los labios para expresar mis pensamientos.

—Pero leo lo que bulle debajo de ese sombrero.

Glenn encendió un cigarrillo, y del interior del baño brotó el vozarrón de Sammy:

—¿Es que no vas a venir nunca, Max?

Elder desapareció, tras una última y ceñuda mirada a Lydon. Cuando la puerta del baño se hubo cerrado, Phil se volvió hacia Glenn.

—Os encuentro nerviosos.

—Ocurre siempre ante una pelea importante.

—No conseguiréis mantener sereno a vuestro muchacho, si estáis como cascabeles. ¿A qué vino Kramer?

—No te importa, Phil.

—Viva la amistad.

—Esto rebasa los límites de una honesta relación.

¿No tienes algún asunto pendiente?

—Es una elegante forma de decirme que me vaya —se incorporó—. ¿No vas a invitarme a una copa? Recuerda que esta noche haré la crónica del combate.

—Pensé que no bebías tan pronto, y supuse también que no necesitaba darte de beber para obtener un trato bueno para Sammy.

—Ahora intentas apoyarte en la misma amistad que antes parecías dispuesto a menospreciar. No obstante… lo arroparé bien en mi crónica, a poco que él lo merezca.

—Gracias, Phil.

Le sirvió dos dedos de *whisky*, que desaparecieron en la garganta del periodista. Chasqueó este los labios y fue a la salida.

—Si alguien que no fuera yo hubiera visto a Kramer salir de aquí, se apresuraría a sacar peligrosas conclusiones.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes tan bien como yo. Ni Kramer ni cualquier otro promotor visitaría a uno de los púgiles en su domicilio unas horas antes del combate. La gente es maliciosa. Habla enseguida de acuerdos previos. Suerte, Glenn.

Adams llegó junto a él, antes de que pudiera marcharse.

—No aludirás a esto en tu crónica deportiva de sobremesa en la televisión.

—Me dan tentaciones de hacerlo, pero sería jugar sucio contigo. Kramer tendrá que agradecértelo a ti, porque de otra forma iba a anunciar que está hundido. Su única esperanza es la bolsa de hoy.

Glen le retuvo del brazo.

—¿Qué sabes de eso?

—«Viking» Olson ha aceptado cobrar más adelante, si gana, a cambio de un contrato por Europa. Lo supe ayer, y la verdad es que desde entonces he tratado de averiguar si hacía igual convenio con vosotros. Estando al acecho he podido seguirle ahora. Os habéis ganado un mal enemigo, Glenn.

—¿Por qué lo dices?

—Basta con ver cómo ha salido de aquí para comprender que le habéis negado vuestro apoyo. Si gana Sammy, tendrá que pagaros, y si lo hace, está hundido.

—Tu forma de hablar…

—Si yo estuviera en vuestro pellejo, y me importara algo Sammy, cuidaría mucho de él en las próximas horas.

—¿Crees realmente que Francis Kramer pueda atreverse a atentar contra Sammy?

Phil Lydon se encogió de hombros.

—En algún lugar he oído decir que el mundo del boxeo está en manos de «gangsters» —sonrió cínicamente.

Hizo una leve inclinación de cabeza y desapareció en el corredor. Luego cerró cuidadosamente y pasó el pestillo. Cuando se volvió se encontró frente a Melisa, enfundada en un traje malva y con una estola de visón sobre los hombres. Era una delicia mirarla, y ella aguardaba ver el efecto que causaba. Muy erguida, su busto era tan llamativo como su cabellera platino, y la pierna cuidadosamente adelantada atirantaba la falda y ceñía la silueta. Cualquier hombre perdería la cabeza por ella, y a Glenn le hubiera gustado poder despojarse del prejuicio que le obligaba a mantenerla siempre alejada.

—¿Vas a salir?

—¿Acaso no me das permiso? —se burló ella.

—Vete, enhorabuena.

—Pero volveré.

Cruzó el «living», dejando tras sí una estela de perfume. Glenn la miró salir y cuando se cerró la puerta, oyó:

—Es toda una mujer, ¿verdad, Glenn? —era Sammy Wells, desnudo el oscuro torso y ceñido por unos pantalones deportivos—. Cualquiera me envidiará por poseerla, ¿verdad? —y sus ojos fosforecían, mirándole inquisitivamente.

CAPÍTULO II

Max Elder se sentó junto a Glenn, que respondía algunas cartas, escribiéndolas a máquina.

—¿Ya se marchó Lydon?

—Y Melisa también. ¿Qué hace Sammy?

—Descansar. Creo que ya se ha dormido. No me gusta que su mujer esté hoy aquí. ¿A qué ha venido?

—Imagínalo.

—Entiendo. El dinero debe tener un perfume especial. Tenemos que hacer algo para apartarle de Melisa, si queremos mantenerle como campeón.

—No es fácil. Ya sabes cómo lo enloquece.

—Es maligna —arrugó el rostro, como con asco—. Ella le hundirá, te lo digo yo, Glenn. He conocido casos como este. No es bueno que un negro se case con una mujer como Melisa. Se necesita mucho amor para que un matrimonio así sobreviva, y a ella solo le interesa una cosa de Sammy.

—El dinero.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé.

—Cuando llegamos, y mientras abrazaba a Sammy, te miró de una forma especial. ¿Qué había ocurrido antes de presentamos aquí?

Glen dejó de escribir, y alzó la cabeza, buscando en el ancho rostro del preparador sus verdaderas intenciones.

—Eres una persona decente, lo sé —añadió Max apresuradamente—. No es mi intención insinuar otra cosa.

El secretario del boxeador tecleó con un solo dedo.

—¿Conoces a un tal Guy Calvert?

—No me suena ese nombre.

—Un galán rubio que copia sus expresiones de las revistas francesas. Estaba con Melisa aquí cuando entré.

Elder se pasó la mano por las toscas mejillas.

—Por lo que más quieras, no provoques la crisis antes de la pelea.

—No soy tonto.

Max se incorporó.

—¿Y Lydon?

—Sabe la situación de Kramer y lo que vino a proponernos.

—¡Diablos! ¡Estamos perdidos si publica eso!

—No lo hará; aunque algo cínico, como la mayoría de los de su especie, me aprecia. Y me ha dado un consejo inquietante: que cuidemos de

Sammy. Kramer está desesperado y pudiera intentar algo contra él para hacerle perder, puesto que cuenta con la aprobación de «Viking» Olson para quedarse con la bolsa momentáneamente, hasta tanto se recupera.

—¡Kramer es muy capaz de algo así!

—Pero, ¿qué puede intentar? No es fácil.

—Por si acaso, no le dejes salir y no abras a nadie la puerta.

Glenn perdió todo su interés por la carta que escribía.

—¿Vas a marcharte?

—Voy a revisar el vestuario, el «ring» y las luces. Siempre lo hago. Regresaré inmediatamente.

Se dirigió a la puerta.

—No dejes que nadie entre.

Salió, poniéndose la chaqueta por el camino, sin poder ocultar su preocupación. Glenn volvió a su máquina y despachó la correspondencia. Cuando terminaba sintió el golpe de una bola oscura sobre sus rodillas y se retiró, vivamente impresionado. Luego sonrió al ver el gato de Sammy.

—Hola, «Oxie». ¿También tú nervioso?

El gato abrió la boca con mimo y luego bufó, buscando una postura más cómoda sobre el regazo de Glenn, sin dejar de mirarle.

El muchacho le acarició.

—Esta noche Sammy nos dará una gran alegría, ya verás.

Desde el dormitorio el boxeador rio.

—Es agradable oírtelo decir, sabiendo que no iba dirigida a mí esa muestra de confianza.

Glenn se volvió, mirando al púgil, erguido en la puerta. Llevaba el torso desnudo y solo sus largas piernas estaban cubiertas por un pijama de seda.

—¿Y Melisa?

—Salió.

—Ya lo sé, pero pensé que volvería inmediatamente.

Glenn sacó el papel de la máquina y trató de desviar la conversación.

—He preparado unas cartas; si tienes ganas fírmalas.

—Luego. ¿Crees de verdad que ganaré?

—¿Lo dudas?

—Sí y no. Estoy nervioso.

—No hay motivo.

Sammy se sentó frente a Glenn, y bajó la cabeza. Apoyados los codos en las rodillas, empezó a golpearse la palma izquierda con el puño derecho, metódica y lentamente:

—Me has ayudado mucho desde que empecé, Glenn. En los momentos difíciles siempre te hallabas a mí lado cuando estaba a punto de desfallecer sabías encontrar la palabra justa que me devolvía la confianza.

—Está bien, Sammy, olvídalo. ¿A qué viene eso?

Se incorporó y cruzó el «living». Miró por la ventana hacia la calle,

situada muchos pisos más abajo. «Oxie» se apelotonó en el sillón rojo, formando un violento contraste con su pelo negro y lustroso.

—Hay un motivo, Glenn: Melisa.

El muchacho llenó de aire sus pulmones. Durante unos segundos que parecieron eternos no se movió. Luego, lentamente, giró para enfrentarse a la realidad, por amarga que fuese.

Pero Sammy Wells no estaba furioso. Había una mirada húmeda en sus ojos, como si se sintiera «groggy», con la expresión vacía del púgil cuyo entrenador acaba de arrojar la esponja al centro del cuadrilátero.

—¡Sammy! —susurró en voz tan baja que creyó había sonado solo dentro de su cerebro.

—No puedo resignarme a perderla, Glenn. Ya sé que no alcanzas a comprender, pero es algo vital para mí. Forma la base de mi vida, de mis ambiciones y de mi potencia. Tú no puedes hacerte una idea, Glenn. Eres de piel blanca, y nunca has conocido el arroyo más que desde el interior de tu coche. No has sido perseguido, ni has pasado hambre, ni has robado para subsistir, ni has peleado para que no te mataran… No has estado en la cárcel, no conoces la infame vida de un negro pobre en los barrios más míseros de la ciudad… Nada de eso has vivido ni sentido, y por eso no puedes saber lo que significa tener una mujer blanca y hermosa como Melisa, con derecho a llamarla esposa, y dar y recibir sus caricias.

Era un lamento hondo, terrible, sangrante. Glenn sintió el mismo dolor que torturaba en aquel momento a Sammy. Le conocía bien y sabía que bajo sus delitos pasados estaba un corazón ingenuo y un alma sencilla, que no podía luchar contra el infortunio y el estigma de su piel. Un estigma que la crueldad de los blancos había forjado para humillar a los esclavos de otros tiempos.

Se acercó a él y le apoyó ambas manos en sus poderosos hombros. Bajo la suave piel, algo húmeda, notó unos músculos de acero, potentes y flexibles, que unas horas más tarde podrían hacer morder la lona al actual campeón de los semipesados, «Viking» Olson.

—No llevo tres años a tu lado para que ahora me demuestres que ha sido inútil cuanto te he inculcado.

Una de las manos del boxeador se alzó hasta su hombro, y apretó la diestra de Glenn, poderosamente.

—En alguno de tus libros he leído que los pensamientos son como las olas del mar, que se retiran una y otra vez, pero que siempre vuelven.

—Ya basta, Sammy. Hoy es el día de tu triunfo.

—Ojalá sirva para detener a Melisa.

—¿Otra vez?

—El entusiasmo con que me ha recibido no era sincero, lo sé—. Sammy alzó su rostro brillante para mirar a su secretario—. Era una farsa. Dedicada a ti. Lo sé también.

—¡Sammy!

El gigante se incorporó.

—De todas formas, gracias, Glenn. Jugarás limpio hasta el final.

Adams no podía protestar. Sabía que era inútil, y resultaba doloroso impedirle desahogarse.

—¿No es triste hablar con un amigo de estas cosas?

Llamaron a la puerta antes de que Glenn pudiera responder, y Sammy alargó el brazo para franquear la entrada. Su secretario trató de impedirlo.

—¡Aguarda, Sammy!

Pero este ya había abierto. La hoja de madera impedía a Glenn ver quién estaba en el pasillo, pero su alarma se calmó al oír:

—La comida, Sammy, y… ¡suerte esta noche! Seguiré el combate por televisión.

El púgil recogió la bandeja que le entregaba el camarero y cerró.

—Max siempre tan previsor. Nos manda la comida, pero maldita la gana que tengo ahora.

Glenn se hizo cargo de la bandeja y miró el contenido: una ensalada, unos emparedados de jamón y leche. Una minuta perfecta para Sammy.

—Yo tampoco tengo apetito ahora.

Llevó la bandeja a la cocina y regresó al «living».

—Solo importa una cosa: dejar a «Viking» fuera de combate.

Los blancos dientes de Sammy brillaron al abrirse su ancha sonrisa.

—Eres una buena persona, Glenn.

Entró en el dormitorio y, sin cerrar la puerta, empezó a vestirse. Glenn encendió un cigarrillo y miró la hora. Pasaba del mediodía. El momento de la pelea se acercaba inexorablemente, pero cada vez le inquietaba menos.

Oyó que introducían una llave en la cerradura y apareció Max Elder. Sus ojillos vivaces recorrieron el «living» de una ojeada.

—¿Y Sammy?

—Vistiéndose.

Glenn se acercó al recién llegado.

—¿Todo normal?

—Sí, pero Kramer trama algo.

Hablaban en un susurro para que el púgil no les oyera desde el dormitorio.

—¿Qué has sabido?

—Allí estaba él, satisfecho; demasiado satisfecho para hallarse al borde de la catástrofe. Sonrió al verme, y me preguntó si había cambiado de idea. Naturalmente le mandé al diablo, y volvió a reír. Me dijo que íbamos a lamentarlo.

—¿A qué se refería?

—No lo sé. Le hubiera demostrado que aún tengo buenos puños, pero tras él estaban Mac y Duty, con ganas de pelea.

—Hiciste bien. No hubiéramos ganado nada con hacerte golpear. ¿Qué piensas que puede intentar?

—Cualquier cosa sucia, desde luego. Es experto en esos golpes.

Sonó el teléfono, y Glenn cruzó el «living» para cogerlo, pero ya Sammy lo había hecho desde el dormitorio, valiéndose de la extensión allí instalada.

—¿Sí? Hola, querida —era almíbar su voz, así que se trataba de Melisa —. ¿Dónde estás? Claro que sí, cariño. Iré ahora. Oh, tengo tiempo suficiente antes de la pelea. En quince minutos estaré contigo.

Colgó, y Max ya estaba junto a él, echando fuego por los ojos.

—Escucha esto, Sammy. No vas a salir: te lo prohíbo.

El gigante le miró con expresión obstinada.

—No me digas lo que tengo que hacer, Max, o reñiremos. Es mi mujer la que me llama. ¿Acaso no tengo derecho a ir con ella? Si no te apartas, te quitaré de en medio.

Elder fue a protestar airadamente, pero Glenn intervino:

—Déjale, Max. Le acompañaremos.

El preparador se volvió en redondo, mostrando claramente su cólera, pero no dijo una sola palabra. En el «living» se encaró con Glenn:

—¿Por qué le has dado la razón? No ignoras lo que puede ocurrirle.

—No se atreverán, acompañándole nosotros.

—¡Esa aventurera tenía que venir precisamente hoy…! —exclamó, rencorosamente Max.

—Cuidado, es la esposa de Sammy, nos guste o no. Procura eludir los comentarios, si quieres que haya armonía.

Sammy se acercaba, vestido con un traje claro de la mejor calidad.

—¿Qué murmuráis?

Glenn le cogió del brazo.

—Decíamos que será como una celebración anticipada.

En el coche rodaron suavemente por las calles de la ciudad. Frecuentemente Glenn miraba en torno, especialmente a través del espejo retrovisor, para comprobar que no eran seguidos. Sammy aparecía sonriente, como si fuera a su primera cita amorosa, y Max Elder mantenía fruncido el entrecejo, hoscamente encerrado en su mutismo. Aparentemente, sin embargo, todo iba bien. Melisa aguardaba a Sammy en un restaurante típico de la Batería, desde donde se divisaba parte del puerto, muy concurrido a aquellas horas, y donde era posible comer los mejores mariscos de todo Nueva York. Cuando llegaron, les costó encontrar donde aparcar el coche, pero al fin lo hallaron no lejos de la puerta posterior.

Siempre flanqueado por sus inseparables Glenn y Max, el púgil entró en el local.

—Dijo que me aguardaría tomando un combinado en la barra —se

detuvo nada más franquear la entrada, y se volvió hacia Max—: Te prometo no beber ni comer nada sin tu autorización. ¿De acuerdo?

Levantó su mano derecha como si prestara juramento ante un tribunal, y Eider acabó por sonreír, ante aquella muestra de ingenuidad.

—Está bien. De todas formas, no te lo iba a permitir, aunque para ello tuviera que noquearte.

Sammy rio sonoramente, y se acercaron a la barra del bar.

—Me gustas cuando tienes humor—. Sammy estaba radiante y feliz, como un chiquillo en día de paseo—. Formamos una familia estupenda, ¿no es verdad? Pero… ¿y Melisa? —preguntó, mirando en torno.

Glenn ya se había dado cuenta de que la hermosa rubia platino no estaba a la vista, pero pensó que se hallaba en el tocador.

—No tardará en aparecer —opinó el secretario de Sammy—. Iré en su busca.

Se alejó del mostrador, donde Sammy y Max quedaron encaramados en sendos taburetes, y se dirigió al tocador para indagar. La encargada del servicio arqueó las cejas interrogativamente al recibir el billete de Glenn.

—Por favor, avise a la señora rubia que su esposo está aquí.

La encargada movió la cabeza negativamente.

—Lo lamento, señor, no hay ninguna señora rubia en el interior —a sus ojos envejecidos por las luces de neón asomó una chispita picara—. Solo hay una morena que…

—Es raro. Nos citó aquí, y no la veo. ¿Está segura de que no está dentro?

—Por completo, señor. Se habrá retrasado, ya sabe…

—Oh, sí…

Se alejó de allí, con la frente ensombrecida por aquel detalle que complicaba las cosas. No era su proyecto permanecer demasiado tiempo fuera de casa, y no le seducía la idea de aguardar a que Melisa apareciera.

Volvió al mostrador y Sammy preguntó:

—¿Y Melisa?

Había tanta ansiedad en el púgil, que Glenn mintió instintivamente:

—Avisó que se retrasaría algo. ¿Por qué no nos ponemos cómodos?

Logró fingirlo bastante bien porque Sammy aceptó la idea con júbilo.

—¡Oh, claro, allí hay una mesa que me agrada, junto al ventanal! —exclamó, dirigiéndose a ella en el acto.

Max quedó atrás, deliberadamente. Glenn ya se había dado cuenta de que al preparador no le había engañado.

—¿Algo va mal? ¿Qué hay con Melisa?

—No está.

—¿Y el aviso?

—No existe.

—¿Por qué le has mentido?

—Está demasiado ansioso y recela algo.

—¿Y tú? ¿Qué sospechas?

—Pienso en Kramer y en lo que puede hacer para hundir a Sammy. No es un secreto que nuestro amigo pierde el dominio sobre sí mismo con facilidad. Una contrariedad seria, unas horas antes del combate, podría hundirle.

—Pero Melisa nunca le haría el juego a Kramer.

—No he dicho que a este le guste la complicidad de nadie.

Llegaron a la mesa y se sentaron. Max y Gleen tomaron unos refrescos, y Sammy se dedicó a mirar por el ventanal, aguardando a Melisa. Pasó así media hora, creciendo la tensión. Adams aguardaba con ansiedad algo que no podía precisar. Todos sus nervios estaban tirantes, en guardia. Elder jugueteaba con el vaso, y Sammy mantenía prietos los labios, con la mirada muy fija ante sí.

—No me gusta esto —dijo al fin—. ¿Por qué no habrá venido ya? Sin duda, le ha ocurrido algo.

Max se incorporó.

—Es una tontería, Sammy. Ya sabes lo que son las mujeres: la encontraremos en casa cuando regresemos. Anda, vámonos.

—Yo me quedo.

El púgil continuó inmóvil, ceniciento el rostro, mirando a través del ventanal.

Max y Glenn cambiaron una mirada. En aquel momento, el teléfono sonó. Sammy Wells pareció no oírlo, pero Glenn miró hacia el mostrador. El camarero hablaba y dirigió los ojos hacia ellos. El muchacho comprendió, y se deslizó rápidamente hacia allí.

—Llaman al señor Wells —dijo el camarero.

—Yo tomaré el recado.

—¿Sí?

El breve monosílabo no debió permitir identificar la voz, por cuanto al otro lado el comunicante se embaló:

—¿Sammy? Su mujer está con nosotros. Muy asustada, pero no le ocurrirá nada, si usted es listo. Recuerde: si gana esta noche, mañana Melisa aparecerá en la sección de sucesos. No es una broma.

Detrás de Glenn sonó el vozarrón de Sammy:

—¿No es para mí esa llamada, Glenn?

El muchacho apretó el auricular desesperadamente, comprendiendo lo que sucedería si el púgil se enteraba del contenido de la llamada. Por fortuna, al otro lado colgaron, sin duda para evitar que pudiera ser localizado el lugar desde el que se hacía la comunicación, lo cual le permitió a Glenn fingir:

—De acuerdo, Melisa, se lo diré. Sí; buen viaje.

Colgó. Los ojos de Sammy tenían estrías rojizas cuando los miró.

—¿Qué estás ocultándome, Glenn? ¿Por qué te interfieres, incluso en mi vida íntima? ¿Qué te ha dicho Melisa, y por qué no has permitido que lo oyera yo?

El muchacho suspiró y trató de sonreír.

—Pensé que no valía la pena molestarte.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien juzgue?

—Lo siento, Sammy, últimamente no acierto mucho.

—No; eso ya lo he advertido. ¡Y me cansa tu actitud! Vamos, ¿vas a decirme o no ese recado, de una maldita vez?

El muchacho sintió la reacción de rebeldía del que es injustamente tratado, pero supo contenerse.

—Llamó Melisa. Tenía mucha prisa porque el autobús salía en ese preciso instante. Dice que ha recibido un aviso de su madre de que está enferma y… Por eso no ha venido.

Los ojos enrojecidos de Sammy le taladraban de una forma inquietante.

—¿Qué más ocultas, Glenn? Es la primera noticia que tengo de la madre de Melisa.

—Bueno, ella nunca ha hablado de su familia, ya sabes lo independiente que es. Ha dicho que seguirá el combate por televisión —y le cogió amistosamente el brazo.

Sammy se soltó con brusquedad.

—Déjame.

Elder se les reunió.

—Vámonos, Max.

Nunca había visto al boxeador tan enfurecido como en aquel instante. Glenn abonó las consumiciones, y salió tras ellos. Max se había puesto tras el volante, y Sammy a su lado, deliberadamente para dejar atrás a Glenn, desdeñoso.

No hablaron por el camino, y en el mismo hosco silencio entraron en el apartamento. Directamente, Sammy se metió en el dormitorio, dejando al preparador y al secretario en el «living».

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el primero.

—Ya te contaré. Trata ahora de serenarle.

—Está bien. ¡Maldita sea! ¿Por qué serán los boxeadores tan irascibles y frágiles de temperamento como una corista?

Glenn les vio desaparecer en el dormitorio, y miró la hora. Era media tarde, y le quedaba poco tiempo. La llamada que había recibido no dejaba lugar a dudas sobre su intención. Posiblemente solo intentaban asustar a Sammy y destrozarle los nervios para el combate, pero en previsión de que se tratara de algo más grave tenía que hacer algo.

Pasó a la cocina para comer uno de los bocadillos de jamón, mientras regresaba Max y trazaban ambos un plan, pero quedó inmóvil en la puerta.

Miraba a «Oxie», tendido en el suelo sobre su lomo, inmóvil, muerto, y

el vaso de leche de la bandeja, volcado por el gato goloso para beber su contenido.

CAPÍTULO III

Comprendió al instante lo ocurrido. No había señales de violencia en «Oxie», pero en cambio su boca abierta y su lengua colgante, inflamada, anunciaban claramente que había muerto envenenado. Nada más de la bandeja traída por el camarero había sido tocado. Nada, excepto la leche. El vaso de leche que siempre bebía Sammy.

Glenn notó que se le erizaba el cabello, pensando en que si hubieran almorzado en el apartamento, a aquellas horas sería Sammy y no «Oxie» quien yacería sin vida.

No era broma. No se trataba ya de un simple susto para hacerle perder a Sammy Wells un combate que se le presentaba favorable. Aquello entraba dentro del delito. No cabía duda de que el mundo del boxeo, como irónicamente lo había dicho Phil Lydon, estaba en manos de «gangsters».

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás ahí parado? —preguntó Max, a sus espaldas.

—¿Eh? No te había oído salir del dormitorio.

Se apartó, y los agudos ojos del hombre miraron la escena.

—¿Qué diablos…?

Glenn lo hizo entrar y cerró la puerta.

—Un asesinato frustrado, Max. El almuerzo que nos encargaste contenía veneno, al menos en la leche de Sammy. El pobre «Oxie» la tomó y…

Max Elder alzó la cabeza, vivamente.

—Alto, Glenn. No encargué ningún almuerzo.

—¿Cómo…?

—Lo que oyes. ¿Por qué piensas que yo lo pedí?

—No sé… Lo has hecho otras veces.

—Sí; pero no hoy. Y en todo caso, habría pedido un servicio para tres, pues yo pensaba volver inmediatamente. De todas formas, es fácil de comprobar.

—Oh, claro.

El entrenador de Sammy le observó con firme expresión.

—¿Dudas de mí, acaso?

—No; creo que no.

—¿Solamente lo crees? Escucha, Glenn, estamos perdiendo los nervios por una tontería, y…

—No es una tontería la muerte de «Oxie».

Max Elder no se ofendió, como hubiera podido esperarse, conociendo su irascibilidad. Sus grandes y un poco bovinos ojos miraban el cadáver del

gato, como buscando en su lustroso pelaje algo que desentonara.

—De todas formas, no resultaría fácil para nadie entrar en la cocina del «Continental» y poner veneno en un vaso de leche —dijo, como con descuido.

Glenn asintió, sombría la expresión.

—Será mejor que llamemos a la policía.

Se volvió, pero Max le retuvo del brazo.

—¿Policía? ¿Quieres destrozar a Sammy antes del combate?

—¿Por qué?

—Tú sabes cómo trabaja la policía y, sobre todo, lo incisivos que son los reporteros. Antes de la noche, Sammy estará tan fatigado por tanto interrogatorio, que un niño podría golpearle.

—Es que hay algo más.

—¿Algo relacionado con la llamada telefónica?

—Sí; no fue Melisa quien me habló.

—Adiviné que algo malo estaba ocurriendo. ¿Algún accidente?

—Un rapto.

—¿Hablas en serio?

—Por completo. No sé quién llamó, no pude identificar la voz, pero no creo que haga falta: con el mensaje se daba a conocer tan perfectamente como si hubiera deletreado Su nombre. Creyó que yo era Sammy, y aseguró que, si ganaba esta noche, mañana aparecería Melisa en la sección de sucesos.

—¡Qué estupidez!

Glenn arqueó las cejas.

—¿Eso es todo cuanto se te ocurre decir?

—Claro; Francis Kramer no haría nunca una cosa como esa porque sabe que todo le acusaría a él. Es demasiado listo para pillarse los dedos así.

—Quizá su plan no sea llegar hasta el final; quizá crea que basta con inquietar a Sammy y destrozarle moralmente; primero envió la leche envenenada, posiblemente con una dosis no mortal, pero que bastaría para dejarle fuera de combate. Luego, al comprobar que no había dado resultado, ideó raptar a Melisa y asustar a Sammy.

Max le palmeó el brazo que todavía le sujetaba.

—En cualquier caso, no es grave el asunto. Al menos, tanto que no admita la espera de unas horas: las justas para que Sammy gane.

—¿Y si Kramer cumpliese su palabra y atentase contra la vida de Melisa?

—Es un riesgo que hay que correr.

Glenn se humedeció los labios.

—Una vida humana, aunque sea la de Melisa, vale más que un combate, Max.

El «manager» le miró rudamente.

—¿Tanto te interesa ella?

—¡No seas tonto! Me respeto demasiado para traicionar a Sammy, pero no me gusta la idea de que alguien pueda sufrir las consecuencias de su triunfo.

—¿No es una forma de traición hacer algo que le impida ganar?

—Evitaré cuanto pueda conmocionarle con vistas al combate, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Si avisas a la policía, todas tus precauciones serán inútiles.

—No, si te llevas a Sammy a un lugar aislado, al que no sea fácil llegar.

Elder se frotó la barbilla.

—¿Cuál podría ser?

—Mi apartamento. Son muy pocos los que conocen la dirección. Descuelga el teléfono, y no abráis la puerta a nadie: así estaréis completamente aislados del mundo hasta la hora del combate. Mientras, yo actuaré.

Max suspiró profundamente.

—De acuerdo: inventaré algo para llevarme a Sammy de aquí.

—Toma la llave. ¿Recuerdas la dirección?

—Sí.

—Salid por la puerta de servicio para que nadie os oiga.

Max desapareció de la cocina, y Glenn se quedó mirando a «Oxie», preguntándose cómo acabaría aquello.

⋆ ⋆ ⋆

El «Continental» era un bar situado en el mismo edificio donde Sammy Wells tenía su apartamento. Quizá por la proximidad del futuro campeón, quizá porque su dueño, Paul Milton, había soñado en su juventud ser púgil, el local estaba adornado como un gimnasio, y en las paredes abundaban las fotos de los mejores boxeadores de todas las épocas. Una ampliación de Sammy, cuidadosamente marcada, adornaba la pared principal del bar, de forma que todo el mundo pudiera verla.

Cuando Glenn entró, el propio Milton acudió a su encuentro.

—¿Cómo está el campeón?

—Mejor que nunca. Quería hablar contigo —añadió el muchacho.

El dueño del «Continental» era más bien bajo, pero, en compensación, sus hombros resultaban impresionantes. Nunca había pisado un «ring», profesionalmente, pero sus puños tenían fama en el barrio del Bronx, donde pasó su juventud.

—¿De qué se trata? ¿Algo malo?

Ocuparon la mesa más alejada del mostrador, en un rincón.

—¿Qué camarero nos ha subido el almuerzo? Milton arqueó las cejas.

—¿Hoy?

—Sí.

El dueño sacudió la cabeza.

—Ninguno.

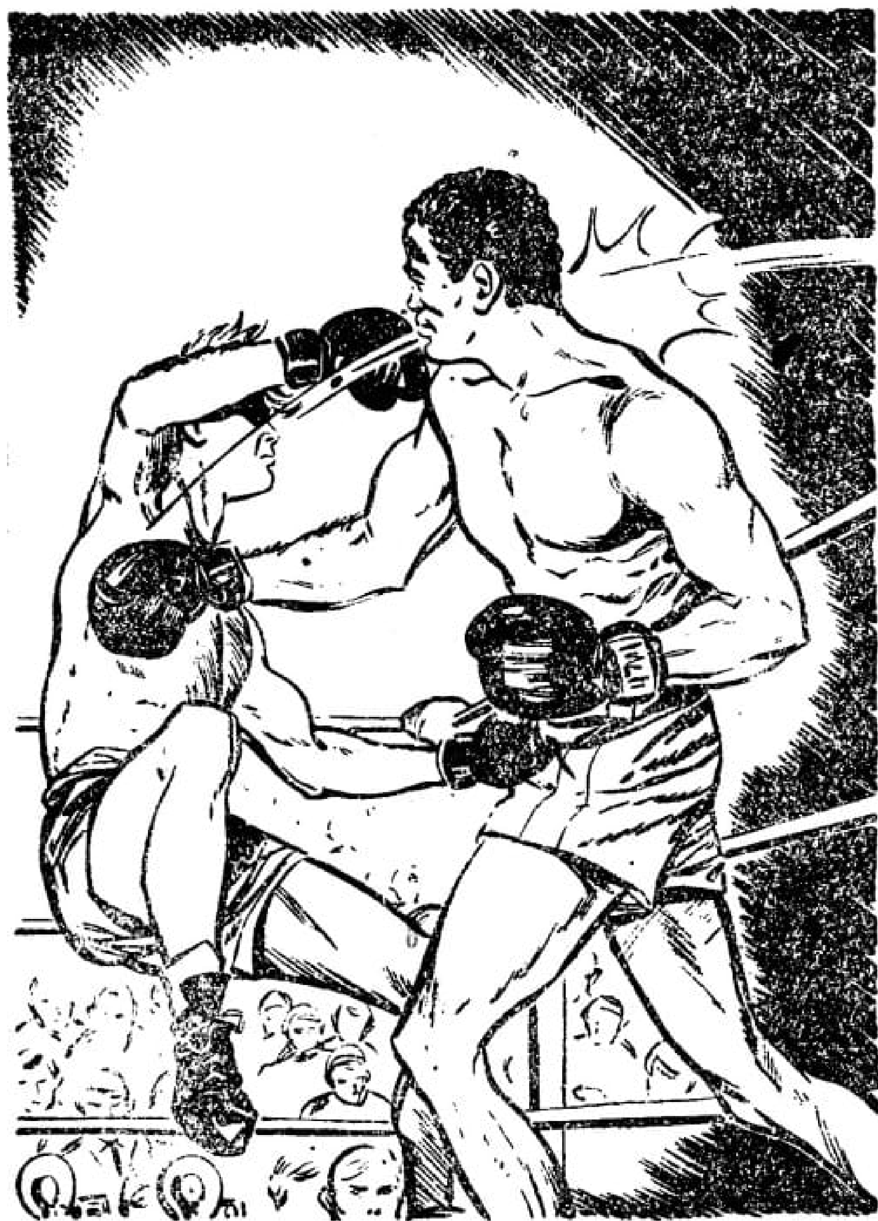
—¿Cómo?

—Lo que oyes. Hoy no habéis encargado el almuerzo como otros días, Glenn.

—¿Estás seguro?

La expresión de Mil ton era de suprema perplejidad.

—¿Y me lo preguntas a mí? ¿Acaso no sabes si lo has encargado o no? ¿Qué misterio es este?



Sammy volvió a golpear en la barbilla...

El muchacho se acarició la barbilla, pensativo.

—El caso es que nos subieron una bandeja con el almuerzo.

—No del «Continental». Tú conoces a todos los camareros. ¿Reconociste a alguno de ellos?

—Fue Sammy quien abrió la puerta: yo no lo vi.

—Vuelvo a repetirte que nadie pidió vuestro servicio. ¿Estás investigando algo?

—En cierto modo.

La manaza de Milton se posó en el brazo de Glenn.

—¿Le ha ocurrido algo a Sammy?

Sonrió el muchacho.

—Oh, no. Se encuentra en perfectas condiciones, y esta noche tumbará a «Viking».

Paul Milton distendió las facciones.

—Habías llegado a inquietarme. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—No, gracias.

Salió del bar y subió a su coche. La preocupación, lejos de decrecer, había aumentado. Ya no cabía ninguna duda de que quien había atentado contra Sammy lo había efectuado con todo lujo de precauciones, haciendo gala de una astucia poco común, lo cual hacía prever nuevos atentados.

Pulsó el botón del encendido y sacó el coche. En casos como aquel, lo mejor era coger el toro por los cuernos, y tratar de tumbarlo antes de que él tomara impulso suficiente para acabar con todos.

Glenn, prietas las mandíbulas, se concentró en el tránsito y se dirigió a la oficina de Francis Kramer. Esta se hallaba situada en un viejo caserón que albergaba también el gimnasio donde se ejercitaban los púgiles del poderoso promotor.

Se detuvo ante la puerta principal, y entró en el gimnasio. Varios boxeadores se preparaban en aquellos instantes, con verdadero entusiasmo. En el «ring», dos «plumas» medían sus fuerzas, debidamente protegidos con los cascos, mientras uno de los empleados actuaba de árbitro.

Glenn arrugó la nariz ante la vaharada de sudor que le azotó el rostro, y atravesó el gimnasio hasta llegar a una doble puerta encristalada, ante la que montaba guardia un gigante de mirada extraviada y rostro desfigurado por miles de golpes.

—¿Qué se le ha perdido por aquí, amigo? —le interpeló groseramente el guardián.

—Busco a tu amo.

—No se puede pasar —se balanceó sobre sus piernas, como un púgil «sonado» que hubiera dejado de sentir los golpes.

Glenn le empujó suavemente y se deslizó por el hueco. El cancerbero

tardó en reaccionar, pero al fin lanzó un rugido y una maldición. Como una pesada máquina se puso en movimiento, prietos los puños y sangrientos los ojos, Adams avivó el paso y entró en la oficina privada de Kramer, sin anunciarse, y cerró la puerta ante las mismas narices del guardián.

El promotor estaba tras su escritorio, con un grueso cigarro entre los poderosos dientes. En sendas butacas se hallaban sus inseparables Mac y Duty, que saltaron literalmente al verle entrar. Kramer parpadeó al verle, y antes de que pudiera despegar los labios, se abrió la puerta como si la arrancasen de sus goznes y entró el ex boxeador, enloquecido de furor.

—¿Dónde está ese tipo? ¡Lo voy a destrozar…!

Al ver a Glenn, se abalanzó sobre él, pero Kramer le detuvo con un grito que semejó un ladrido:

—¡Quieto, Bud!

El gigante se contuvo, toda su agresividad desaparecida, y se hundió de hombros, como un perro al que le apalearan.

—Oh, Glenn, acércate, muchacho. ¡Dejadle sitio, holgazanes! —Francis Kramer estaba radiante—. Disculpa a Bud: su cabeza no funciona muy bien desde que empezó a perder combates. ¿Un cigarro? —le ofreció una tabaquera de plata labrada, donde se acumulaban los habanos.

—Ahórrese esas amabilidades para sus amigos, Kramer. El motivo de mi presencia aquí es otro muy distinto al que supone.

El promotor no perdió su aspecto satisfecho de la vida.

—Sigues siendo un chico impulsivo, Glenn, pero acabarás aprendiendo.

—Vengo para darle dos noticias, Kramer.

—¿Bien?

Glenn miró a Mac y a Duty, situados a ambos lados del escritorio, como perros lobos, dispuestos a defender a dentelladas a su amo, si fuera preciso. Eran dos malos enemigos. No habían pasado de ser aspirantes a cualquier título porque siempre les habían tentado más las bolsas o las indemnizaciones que recibían por dejarse ganar, que la gloria efímera de cualquier victoria. Por eso mismo conocían todos los trucos sucios, todas las bajezas.

En medio del silencio que se hizo, Glenn dejó caer:

—El almuerzo envenenado que usted envió contra Sammy no hizo efecto, como debe saber ya. Y el rapto de Melisa tampoco le ha conmovido lo más mínimo por una razón muy sencilla: no está enterado. Fui yo quien se hizo cargo de la llamada telefónica y, naturalmente, no le comuniqué el mensaje. De manera que esta noche Sammy saldrá a ganar.

Kramer se quitó el cigarro de la boca, y su rostro se contrajo, furioso.

—¿Estás insinuando que yo he hecho todo eso?

—Hago más: lo afirmo. He venido para obligarle a reflexionar, Kramer: Sammy está bien protegido, y en un lugar donde no podrán encontrarlo.

Aparecerá con el tiempo justo para subir al «ring», de modo que nada podrán intentar para restarle facultades antes de la pelea. Le conviene abandonar sus planes y soltar a Melisa, porque ahora mismo voy a hablar con el teniente Palmer.

Duty gruñó con obscenidad y avanzó hacia Glenn.

—¡Maldito bastardo, voy a darte una lección que…!

—¡Atrás, Duty! —rugió Kramer.

—Déjamelo, Francis. No puedes consentir que un mequetrefe como este emplee ese tono contigo.

—¡He dicho que no le toques!

—Veo que es listo, Kramer.

El aludido achicó aún más los ojos hasta convertirlos en dos ranuras.

—¿Y qué fantasías vas a contarle al teniente Palmer?

—Le expondré la verdad; se lo diré todo, incluso que estuvo en nuestro apartamento, intentando llegar a un acuerdo para no pagarnos la bolsa.

—¿Cómo vas a demostrarlo?

—Estábamos Max Elder y yo.

—No sirven esos testimonios: sois parte interesada. Y en cuanto a lo otro, ¿qué te hace pensar que todo eso que me has dicho, caso de ser cierto, lo he organizado yo?

—La policía siempre tiene medios para averiguar las cosas.

Kramer lanzó una carcajada.

—¿Qué es lo que buscas exactamente?

—Una sola cosa: deje en paz a Sammy y suelte a Melisa.

—No sé de qué me hablas.

Mac terció:

—De todas formas, una lección no le vendría mal, Francis. Duty y yo podemos encargarnos de eso, sin que tú debas estar enterado, necesariamente. Vamos, muchacho, acompáñanos.

Duty se puso al lado de Mac y avanzaron. La puerta estaba bloqueada por Bud, y esta vez no iba a ser fácil sorprenderle. Glenn se dio cuenta de que había sido muy imprudente entrando en la misma guarida del lobo. Sabía que no tenía ni una sola probabilidad de salir con bien de aquello, pero apretó los puños, dispuesto a golpear hasta donde las fuerzas se lo permitieran.

Pero Kramer acudió en su ayuda:

—Dejadle marchar sin tocarle. No quiero que se lleve mala impresión de nosotros.

—Estás cometiendo un error, Francis —insistió Duty.

Kramer rodeó el escritorio y acudió junto a sus matones.

—¿Desde cuándo tenéis que decirme qué es lo que debo hacer?

Los dos guardaespaldas retrocedieron, tragando la humillación. Kramer se encaró con el muchacho.

—Esto puede probarte mi buena fe. No sé de qué me hablas. Puedes decírselo así al teniente.

—Es usted muy listo, Kramer, pero no me convence. Tenga la seguridad de que hablaré con Palmer.

—Puedo ofrecerte mi teléfono —y señaló el aparato que reposaba sobre su escritorio.

Glenn leyó la burla en los ojos del promotor y aceptó el reto…

—Es la primera gentileza que recibo de usted.

Cruzó el despacho y llegó hasta el teléfono. Descolgó el auricular y miró al cuarteto, Duty hizo un gesto para abalanzarse sobre el muchacho, pero la dura mirada de Kramer lo contuvo. Con alarde de nervios, Glenn marcó el número de la Brigada, sin temblarle la mano. Cuando tuvo a Palmer al otro lado del hilo, se identificó y luego preguntó:

—¿Puede atenderme ahora, teniente?

—¿Qué te ocurre?

—Un problema acerca de Sammy. Es urgente, sí. Ya sabe que esta noche pelea. Bueno, pues han surgido dificultades.

—Si vienes ahora, podré dedicarte unos minutos.

—Gracias, teniente. Hasta ahora mismo. Le llamo desde el despacho de Francis Kramer.

Y colgó. Luego se volvió hacia los cuatro hombres. El promotor chasqueó los labios.

—Es lamentable tu falta de confianza, Glenn. Le has dicho dónde estabas al teniente, por si yo cambiaba de idea, y decidía dejarte en manos de Mac y Duty.

El muchacho le sonrió angelicalmente.

—No llevo muchos años en el negocio del boxeo, pero he aprendido que la mejor defensa es un ataque en regla.

—Pero eres impulsivo. Eso en el «ring» te costaría muchos golpes… y creo que en la vida real también.

Era una amenaza. Muy suave, muy ladina, propia de Francis Kramer, y por eso digna de tomarse en cuenta.

Cruzó por entre Duty y Mac, rozó a Bud al pasar y abrió la puerta.

En el gimnasio, los púgiles seguían haciendo puños contra los sacos o peleaban en el «ring». Sudaban para llenar los bolsillos de Kramer.

CAPÍTULO IV

El teniente Palmer tenía el cabello color del acero y perpetuamente encrespado por el corte de cepillo que se hacía. Esto le daba un aire juvenil, que las arrugas de su rostro desmentían. Glenn le había conocido tiempo atrás, cuando se interesó por Sammy, a fin de hacerle seguir un camino recto, lejos del mundo delictivo en que se había movido hasta entonces. El teniente había visto con buenos ojos aquel intento de Adams por regenerar a un hombre, y desde entonces seguía con atención la carrera pugilística del moreno.

—¿Cuáles son esas dificultades? —preguntó el policía, recostándose en su sillón basculante.

Glenn entrelazó los dedos, miró los grises ojos del policía y contó cuanto había sucedido hasta entonces: el desayuno envenenado, el rapto de Melisa, la investigación que él había hecho en el «Continental», y la entrevista con Kramer. Tampoco omitió la visita de este al apartamento por la mañana para pedir una moratoria en el pago de la bolsa, pues era el motivo que justificaba las acciones posteriores.

Cuando terminó, Palmer había entrecerrado los ojos, y cualquiera que no le conociera lo suficiente habría pensado que se había dormido, arrullado por el sonido de las palabras que llegaban hasta sus oídos. Glenn sabía, por el contrario, que era un síntoma de la máxima concentración a que estaba sometido.

—Parece coherente todo eso, Glenn —dijo al fin—. ¿Qué va a hacer?

—Empezaremos por el principio. Aún quedan unas horas para el combate, y entre tanto veremos qué podemos comprobar.

Se puso en pie y recogió la chaqueta de la percha.

—Iremos al apartamento de Sammy para ver de dónde salió ese almuerzo y la clase de veneno que mató a «Oxie».

En el coche de Glenn hicieron el recorrido. Palmer estaba sumido en sus pensamientos y al fin exclamó:

—Debe estar muy apurado Kramer para intentar algo así: le creía más listo.

Encontraron un sitio para aparcar próximo al edificio donde vivía Sammy, y subieron al piso. Glenn abrió la puerta con su llave y entró. Palmer lo hizo tras él, y cerró a su espalda.

Adams arrugó la frente. De la cocina llegaba una canción estridente que brotaba de un aparato de radio. No había en ella nada que pudiera alarmarle, salvo que la radio estaba apagada cuando él abandonó el apartamento.

Palmer debió comprender que algo anormal ocurría porque se llevó la mano a la axila, en busca del reconfortante contacto de la pistola.

—¿Qué sucede, Glenn?

La puerta de la cocina se abrió en aquel instante y apareció Melisa, con un delantal blanco sobre la faldita y el jersey que modelaba sus generosos contornos.

—Oh, me había parecido oír voces… —estaba secando un plato y sonrió—. ¿Dónde está Sammy?

El teniente se volvió hacia Glenn, interrogativamente. El muchacho entró en la cocina y buscó el cuerpo de «Oxie» y la bandeja con el almuerzo, pero no estaba ninguna de las dos casas. Furioso, apagó la radio.

—¿Quieres explicarte, Melisa?

La mujer de Sammy arqueó las cejas, confusa.

—¿A qué te refieres? ¿Y quién te acompaña? Parece que estás nervioso. ¿Ha sucedido algo?

Palmer decidió intervenir en aquel instante.

—Soy el teniente Palmer, de la Brigada de Homicidios. ¿Es usted la señora Wells?

—Sí; pero, ¿ha dicho policía? ¿Qué le ha ocurrido a Sammy?

—Nada todavía, que yo sepa —respondió el policía—. Estoy aquí realmente por usted. ¿Cuándo la soltaron?

Melisa miró durante unos instantes los grises ojos del teniente, y luego buscó en la expresión de Glenn una razonable explicación.

—¿No habías sido raptada, Melisa? Vamos, Cuéntaselo todo al teniente.

La hermosa rubia lanzó una carcajada.

—¿Raptada yo? Es una broma, ¿verdad?

—¿Quieres decir que no te raptaron?

—No; ¿quién iba a hacer una cosa así? ¿Lo has imaginado porque no acudí a la cita con Sammy? Es que me entretuve en la peluquería.

—Pero yo recibí una llamada telefónica anunciándomelo…

—¿De veras? —las pestañas de Melisa se estremecieron en el aire, a beneficio del teniente—. Sin duda debieron gastarle una broma, ¿verdad, teniente?

—¿Y «Oxie»? ¿Dónde está? Quedó aquí cuando nos fuimos.

—Oh, el pobre. Lo encontré muerto cuando llegué, y le pedí al portero que se lo llevase. Nunca me fue simpático y no iba a embalsamarlo.

—¿Y la bandeja con el almuerzo?

Glenn se daba cuenta de que las únicas pruebas que poseía se le habían escapado de las manos.

—Los hombres solos, sin una mujer que os cuide, hacéis inhabitables las casas: lo dejáis todo abandonado, y desconocéis al valor del orden y la limpieza. Tiré aquellos desperdicios por el sumidero, y he fregado centenares de vasos y platos…

Exageraba, pero había bastante vajilla escurriéndose en el mármol de la fregadera.

—¿Qué ha hecho de la bandeja, los platos y los vasos?

—Eran de cartón y los tiré. Pero… ¿a qué viene tanto misterio? La verdad es que no les entiendo…

Glenn taladró con la mirada a Melisa.

—¿Es cierto? Temo que sabes demasiado bien lo que buscamos.

La hermosa mujer se volvió hacia Palmer.

—Ya ve: nunca he podido llevarme bien con él ni con el entrenador de Sammy. Ellos no se hacen a la idea de que Sammy es mi marido…

Palmer salió de la cocina y Glenn se le reunió.

—¡Le aseguro que todo cuanto le he dicho es cierto, teniente! —protestó el muchacho, tratando de contener su furia.

Palmer estaba demasiado encerrado en sus pensamientos para mostrarse expresivo.

—Posiblemente haya ocurrido todo como dices. Solo que ya no puedo hacer nada.

—¡Pero trataron de asesinar a Sammy!

—Y raptaron a Melisa.

—¡Ella miente! —exclamó, captando el acento irónico del policía.

—¿Por qué había de mentir? A Melisa no puede interesarle que Sammy pierda la pelea de esta noche. Si él gana, se llevará una buena bolsa. Y todas las mujeres son muy sensibles al dinero.

Salió del apartamento y se volvió hacia Glenn.

—Es posible que estés muy nervioso. El combate de hoy significa mucho para todos vosotros, pero Sammy no ganará, si no mostráis más confianza en él.

Luego se alejó por el pasillo, andando muy rígido. Glenn hubiera jurado que su amabilidad solo era externa y que muy adentro llevaba un recelo difícil de atenuar.

* * *

Volvió al aposento. Melisa se había despojado del blanco delantal y, cruzadas las esbeltas piernas, le miraba desde el fondo del sillón rojo. Ofrecía una bonita estampa. Siempre sus piernas había sido algo notable, y nunca, y menos en aquella ocasión, se preocupaba por ocultarlas. Los rojos labios tenían voracidad al sonreírle.

—¿Qué llevas entre manos, Glenn?

La miró detalladamente. Melisa seguía siendo tan calculadora como siempre. Quizá si se hubiera apasionado realmente alguna vez por un hombre podría haber llegado hasta forma un hogar limpió y feliz, pero la vida le había mostrado siempre sus aristas más punzantes.

—Has mentido, Melisa.

—¿Por qué me odias?
—Solamente por el daño que haces a Sammy.
—¿Por qué iba a negar que me habían raptado, si fuera cierto?
—Quizá no lo hicieron realmente; quizá se redujo todo a un acuerdo entre Kramer y tú para dominar a Sammy.
—¿Y hacerle perder una pelea que supone un montón de dinero?
—Conozco a Kramer y sé que acostumbra a comprar aquello que desea. ¿Cuánto te ofreció él?
Melisa se incorporó. Recordaba a un felino lleno de fuerza y de maldad. Con las manos en las caderas se acercó a él. Rebosaba vida.
—Eres tonto.
—No voy a quedarme parado por este primer fracaso, Melisa: llegaré al final, y descubriré tu traición y las prácticas de «gangster» de Kramer. Cuando él vio que hablaría a la policía, te mandó hacia acá para que eliminases las pruebas y negaras haber sido raptada. Es demasiado elemental para no verlo.
—El teniente parece opinar de distinta forma.
—Como todos los policías, necesita pruebas. Y yo se las llevaré.
—Suerte, querido —se burló.
Dio media vuelta y se dirigió al dormitorio, contorneándose. Desde la puerta se volvió.
—¿Y Sammy?
—Lo verás en el "ring", si te molestas en adquirir un boleto.
Los ojos de ella destellaron chispas coléricas.
—¡No puedes mantenerlo alejado de mí!
—¿No? —Glenn rio por vez primera, satisfecho de la furia femenina—. Prueba a encontrarlo.
Le volvió la espalda y salió del apartamento. Cuando llegó al vestíbulo del edificio le salió al encuentro el portero.
—Siento mucho lo ocurrido, señor.
Le miró a los ojos. Estaba realmente confuso por alguna torpeza cometida.
—Al parecer, el gato tenía algún valor, pero la señora Wells no me lo dijo. Es más: recuerdo que me ordenó deshacerme de él y… lo arrojé a la caldera. ¿Hice mal?
—Usted no tiene la culpa.
—El teniente me preguntó…
Glenn se dijo que Palmer no dejaba al azar algún cabo de la investigación. Una autopsia hubiera podido demostrar la existencia de veneno en las vísceras del felino.
—No se preocupe, ya no tiene remedio.
Una vez en la calle, notó la desagradable sensación de haber sido burlado. Solamente le quedaba una esperanza: había quitado a Sammy de

la circulación y nada podrían hacer contra él, antes del combate. Cuando este llegase, su victoria dependería únicamente de los puños.

CAPÍTULO V

La piel de «Viking» Olson, de tan blanca, era rosa, y al reflejar la luz de los grandes focos situados sobre el «ring», dañaba la vista, de los espectadores, que seguían apasionadamente el combate. Sammy Wells, brillante el torso por el sudor, parecía, frente a su rival, una sombra elástica y móvil, que avanzaba y retrocedía casi sin pisar la lona, mientras sus puños se movían con mecánica precisión.

Durante los dos primeros combates, ambos adversarios no habían hecho otra cosa que medirse, desconfiando demasiado uno del otro para arriesgarse a un ataque directo. El público mostraba sus preferencias de la forma más ruidosa posible. «Viking» tenía un amplio núcleo de partidarios, especialmente entre la colonia nórdica de Nueva York. Sammy, por el contrario, había despertado las simpatías no solo de sus hermanos de raza, sino de otro amplio grupo, cuyo favor había sido atraído por la romántica historia del antiguo delincuente redimido por el deporte.

Glenn ocupaba una silla, próxima al ángulo que le había correspondido a Sammy. Max Elder acababa de cuidarlo, y la campana había marcado el comienzo del tercer asalto.

—Sammy le sorprenderá al final de este o al comienzo del próximo, si las cosas salen como he pensado —anunció Max en un susurro.

—¿Cómo ves a «Viking»?

—Tiene demasiada seguridad en sí mismo, y eso es fatal para un campeón.

—Creo que tiene el estómago débil, ¿no? —apuntó Glenn.

—Es el hígado. Sammy se lo ha acariciado en este asalto, y hemos podido comprobarlo. A poco que se descuide, «Viking» quedará doblado.

Max volvió al ángulo, y desde el borde de la lona miró lo que ocurría en el cuadrilátero. Se había hecho un silencio impresionante, uno de esos silencios con los que la multitud presiente la inminencia de un momento emocionante.

Sammy estaba distrayendo a «Viking» mareándole por alto, como si tuviera especial cuidado en alcanzarle el rostro. Esto hacía que el sueco alzara los puños para cubrirse. Hábilmente, sin embargo, se protegía la cintura con los codos, pero buscar entre ellos un hueco era solo cuestión de tiempo.

De pronto, Olson soltó un trallazo de través en el pómulo moreno de Sammy. Este retrocedió y basculó en las cuerdas. Un rugido brotó de la multitud. El nombre de «Viking» retembló decenas de veces bajo la cúpula, alentándole en la pelea. Sammy retrocedía, sin dejarse alcanzar más. Daba

la sensación de haberse acobardado. Apelotonado, se cubría rostro y cuerpo como una tortuga que se hubiera incrustado en su caparazón. Los primeros insultos contra Sammy llegaron del graderío. Glenn sintió un nudo en la garganta, y buscó desesperadamente los ojos de Max, en un mudo y asustado interrogante.

Pero el veterano preparador estaba más sereno que nunca. Sus ojillos maliciosos chispeaban, como si algo estuviera saliéndole a la perfección. Arriba, en la lona, «Viking» había alcanzado nuevamente a Sammy en una oreja, y el moreno había caído de rodillas.

El rugido estentóreo de la masa humana contrastaba con la sonrisa de Max. El árbitro empezó a contar, pero al llegar al dos sonó la campana.

Elder saltó al «ring» y Glenn acudió al ángulo. Sammy parecía haberse recuperado. El preparador, con la esponja limpiaba el sudor y refrescaba los lugares donde el puño de «Viking» había dejado su huella.

—Le hemos regalado un «round», Max —gruñía Sammy—. No me ha gustado oír esos insultos cuando caía de rodillas.

—No seas impaciente, muchacho. El triunfo ya es tuyo. Serías un magnífico actor, si te lo propusieras. Ni uno solo de esos estúpidos, que se creen tan entendidos, se ha dado cuenta de que los golpes de «Viking» no tenían fuerza para tirarte. Y mucho menos ese tonto sueco. Míralo, parece una «vedette» en su aposento.

Sammy y Glenn miraron al rincón opuesto. «Viking» sonreía y saludaba a los fotógrafos, como si ya hubiera vencido. Los disparos de los «flash» se sucedían, bañándole en una luz irreal.

Max siguió con sus instrucciones, dictadas en un susurro:

—“Viking” piensa que ya te ha devorado. No permitas que se dé cuenta de su errar demasiado pronto. De salida irá por ti como si fueras un cordero. ¡Sacúdele fuerte al hígado! Con la izquierda. Métele el puño hasta sacárselo por la espalda, y luego, sin permitirle alentar, búscale la barbilla: durante diez segundos lo tendrás a merced tuya. En ese tiempo puedes alcanzarle cinco veces por lo menos. Recuerda: de tu decisión depende el título.

La campana sonó, y Max saltó fuera. Glenn quedó junto a él, de pie, latiéndole ferozmente el corazón. La multitud prorrumpió en gritos en favor de «Viking», y esto le cegó.

Alargó el brazo derecho para buscar otra vez el rostro de Sammy, pero no llegó a tocarlo. En cambio, la zurda de este le alcanzó el hígado. El impacto se oyó desde abajo, por encima de los gritos de la multitud. Todos pudieron ver que el puño del negro perforaba aquel punto delicado de «Viking» y que este se doblaba, sin aliento.

La diestra del moreno encontró el hueco suficiente para llegar al mentón. La cabeza que caía saltó hacia atrás, como si hubiera recibido la coz de una, mula. Todo el cuerpo de «Viking» se despegó del suelo y rebotó

contra las cuerdas. La elasticidad de estas lo arrojó prácticamente en los puños de Sammy. Este volvió a golpear en la barbilla, uña, dos veces. Los gritos de la masa se hicieron ensordecedores. «Viking» golpeó de nuevo las cuerdas, los ojos se le pusieron en blanco, su boca soltó el protector, y se deslizó sobre la lona.

No hacía falta contar para saber que estaba fuera de combate. Sammy se volvió hacia Max y le sonrió, lleno de satisfacción. La muchedumbre deliraba de entusiasmo. Elder y Glenn se abrazaron, y el árbitro, después de haber hecho la cuenta reglamentaria, alzó el brazo de Sammy, proclamándolo campeón del mundo, mientras los cuidadores de «Viking» se lo llevaban rápidamente.

Phil Lydon llegó cuando Max y Glenn terminaban el abrazo.

—Felicidades —dijo, sonriente, echado hacia atrás su sombrero—. Eres un perro viejo, Max. Nunca vi pelea tan inteligente. ¡Rayos, cuánto daño puede causar la vanidad a los campeones! ¿Cómo no se darían cuenta «Viking» o sus cuidadores de que Sammy estaba fingiendo en el anterior asalto?

Max rio.

—He pasado la mitad de mi vida peleando, y la otra mitad viendo cómo lo hacían los demás. Eso da sabiduría. Los nervios serenos los he puesto yo.

Corrió hacia el «ring» y se encaramó como un mono. Cubrió a Sammy con el albornoz y, después de arroparlo, le permitió ir al centro para responder a las aclamaciones del público y dejarse fotografiar.

Phil le cogió del brazo.

—Has logrado un campeón, Glenn.

—Doy por bien empleado todo lo que hemos hecho.

—Puedes estar orgulloso. Aunque os habéis creado un enemigo peligroso. He visto a Kramer: estaba hecho un energúmeno.

—Lo siento por él.

—Sorprendí unas palabras que le decía al «manager» de «Viking»: no le dará más combates.

—No me importan los problemas ajenos: solo interesa ahora cobrar.

Sammy descendía por fin del «ring», y Glenn acudió para ayudar a Max a abrirse paso por entre la multitud. Varios agentes de policía formaron un cordón en torno al púgil, y, respondiendo a los aplausos de los aficionados, salieron de la sala por fin, y se dirigieron al vestuario.

Todos los periodistas se habían congregado en el pasillo. Adams pidió:

—Un poco de paciencia, muchachos. Sammy necesita algo de cuidado, y enseguida estará a vuestra disposición.

—No es una damisela, Glenn —dijo uno—. Podemos estar presentes mientras lo cuidáis, ¿no?

Primero entró Sammy, que se tendió en la cama de masajes. Dos

masajistas se pusieron a trabajar en él inmediatamente. Un médico le examinó. Max atendía a todo lo concerniente al cuidado del púgil, y Glenn contestaba a las preguntas de unos y otros.

En el pasillo apareció el teniente Palmer, y Glenn acudió a su encuentro.

—Nada ocurrió al fin —dijo el policía a guisa de saludo.

—No es para lamentarlo —respondió el muchacho.

Palmer metió las manos en los bolsillos y miró hacia el vestuario, donde la confusión iba en aumento.

—¿Hubo nuevos atentados?

—No.

—Lo celebro.

—¿No cree que amenazaran a Sammy realmente?

—Admito solo lo que compruebo. Y lo único exacto hasta ahora es que «Oxie» estaba muerto; no sé qué causó su muerte, pero estaba muerto: Max Elder lo ha confirmado.

—¡Él vio la bandeja con el almuerzo y el vaso caído…!

—Pero no analizó la leche, que yo sepa. Y respecto al rapto, ya oíste a Melisa —sonreía, pero había una mirada astuta en sus ojos, que denotaba su desconfianza—. Espero que ya no haya más dificultades…

Glenn no le escuchaba. Por encima del hombro del policía veía a Melisa en la ya desierta sala, hablando animadamente con Francis Kramer. Parecía una conversación muy sustanciosa, y ambos se trataban con amistad. Melisa se dejó coger la mano y en aquel instante Francis divisó a Glenn. Soltó la mano femenina, dijo algo a la joven, y esta volvió la cabeza hacia Adams. Luego se alejó rápidamente del promotor, y abandonó la sala. Era insólito que hiciera aquello, estando Sammy en el vestuario, cubierto de gloria por el reciente triunfo. Kramer desapareció también en los recovecos de las dependencias, y Glenn sintió la imperiosa necesidad de seguir a Melisa.

El teniente Palmer captó su desasosiego y volvió la cabeza.

—¿Ocurre algo?

—Oh, no, teniente. Pase y salude a Sammy. Yo tengo que hacer.

Le dejó con la boca abierta y corrió hacia la salida, tras Melisa. Cuando llegó a la puerta, vio detenido en la esquina un taxi y las piernas de la esposa de Sammy que terminaban de entrar en el vehículo, al tiempo que se cerraba la portezuela.

Glenn corrió a dónde había dejado su coche, y hasta que no estuvo en el lugar preciso no se dio cuenta de que aquel había desaparecido. Perdió unos preciosos instantes tratando de asimilar la evidencia. Su coche robado significaba, de momento, una fabulosa pérdida de tiempo, y casi la completa seguridad de que no podría seguir a Melisa. Maldijo para sus adentros aquella fatalidad, mientras veía alejarse el taxi. La suerte le

ayudó, sin embargo, porque en aquel instante cruzó ante él la amarilla carrocería de un coche de alquiler. Glenn se precipitó a la calzada imprudentemente, sorteando los coches, para obtener aquel taxi antes de que nadie se le adelantara. Varios espectadores rezagados trataron de disputarle el vehículo, pero Glenn logró asirse a la manilla de la portezuela, y abrirla, estando el coche todavía en marcha. Ágilmente penetró en el interior del vehículo, y se inclinó sobre el respaldo del chófer, mostrándole dos billetes de diez dólares.

—Para usted, si consigue seguir a aquel taxi.

El que llevaba a Melisa apenas se veía entre la enorme circulación, pero el estímulo de los dos billetes obró milagros.

—Despídase de ellos: a Red no se le escapa ninguna persecución de este tipo. ¿Es usted policía?

—No.

Se recostó en el asiento y el taxi aceleró, adelantando a otros vehículos con audacia suicida. En unos pocos minutos tuvieron al taxi de Melisa a una treintena de metros.

—Va en él una mujer —comentó el chófer—. No será la suya, ¿verdad?

—No.

—Lo celebro: no me gustan las disputas matrimoniales ni los líos de faldas: acaba uno mal en ellos.

Durante un cuarto de hora más continuaron la persecución por diferentes calles, siempre a la zaga del taxi que conducía a Melisa, El chófer del vehículo de Glenn se volvió a medias y dijo con expresión que trataba de ser astuta, sin duda copiada de alguna película policíaca:

—No hace más que dar vueltas, sin duda para hacernos perder la pista, pero no cuentan con Red. A Red no hay quien le despiste.

Glenn arrugó la frente ante aquellas palabras. Hacía falta ser tonto para creer que el taxi que les precedía trataba de escaparse a la persecución. Ni una sola vez aprovechaba el cambio de color de los semáforos para huir por una transversal. Por el contrario, parecía exhibirse tentadoramente ante ellos, como el cebo ante el pez que se muestra remiso en morder el anzuelo.

Prácticamente, saltó Glenn en su asiento. ¡Aquello era! No pudo contener una maldición al darse cuenta de su estupidez. Melisa y Kramer se las habían arreglado para distraerle a fin de alejarle del Palacio de los Deportes. Lo habían hecho muy hábilmente, jugando con su desconfianza. Debieron calcular que él no dejaría de seguir a la mujer de Sammy para descubrir sus manejos, a poco que ellos le dieran oportunidad para hacerlo, y así había sido.

Lo habían sacado del Palacio de los Deportes muy limpiamente. Eso le hacía pensar que trataban de hacer algo contra Sammy. Algo que él podría haber impedido con su presencia. Las amenazas de Kramer acudieron

inmediatamente a su recuerdo, y se maldijo interiormente por haberse comportado de una forma tan estúpida.

—Volvamos al Palacio de los Deportes. ¡Inmediatamente!

—¿Y va a abandonar la persecución, ahora que se ponía interesante? —ululó el taxista, parpadeando.

—Sí; y quiero estar allí en un tiempo record. No importa el tránsito ni las multas.

—Pero sí nuestras vidas, ¿no? —respondió el chófer, iniciando la maniobra para regresar.

El coche se lanzó a una carrera ciertamente suicida, dado el estado de la circulación, pero los esfuerzos del chófer resultaron baldíos ante el taponamiento de vehículos.

—Usted necesitará un helicóptero —gruñó—, pero hasta el momento no le han crecido alas a mí coche.

Les costó regresar casi media hora, y para ello tuvieron que despreciar tres semáforos y casi atropellar a varios honrados ciudadanos. Glenn saltaba en su asiento a causa de la impaciencia. Intuía que algo grave habría ocurrido durante su ausencia, que al fin Kramer habría hecho una demostración de los sucios trucos aprendidos durante su vida en el mundo del boxeo.

Por fin, la fachada del Palacio de los Deportes apareció ante ellos. El taxista se quitó la gorra de un manotazo para limpiarse el sudor que corría a raudales por su frente y cuello.

—Hoy hemos nacido —lloriqueaba al tiempo de frenar.

Glenn le arrojó varios billetes de diez dólares, y entró como una exhalación en el majestuoso edificio, cuyos amplios corredores estaban silenciosos y vacíos, alfombrados por una espesa capa de papeles y desperdicios.

Pero el muchacho no se fijó en aquello, únicamente deseaba llegar cuanto antes al vestuario de Sammy para verlo y convencerse de que sus pensamientos habían sido demasiado alarmantes.

El silencio que encontró le estrujó el corazón. Empujó la puerta y paseó la vista por la desierta estancia donde se veían toallas y algunas prendas. Pero no estaban Sammy ni Max Elder.

Salió otra vez a la carrera y desembocó en la amplia sala. Un empleado venía en dirección contraria.

—¿Ha visto a Sammy? —le gritó.

El empleado le miró confuso, pálido el rostro.

—¿Sammy Wells? ¿Es usted de su equipo? Lo encontrará en el callejón posterior.

Por la forma de decirlo, Glenn comprendió que algo irremediable había ocurrido ya. No tuvo valor para hacer ninguna pregunta. Se limitó a correr. En su cráneo resonaban fúnebres reproches.

Quedó quieto, inmóvil, en el umbral. Como si toda vida hubiera huido de su cuerpo, como si nada más pudiera hacer en este mundo.

Sus ojos miraban el cuerpo de Sammy Wells, caído grotescamente en el asfalto, como un muñeco roto. Tenía mucha sangre y el cuerpo desgarrado. Lo habían atropellado.

Una ambulancia y un coche patrulla aguardaban junto al bordillo, y hombres de uniforme iban de un lado a otro.

Glenn cerró los ojos a punto de caer y se sintió más solo y vencido que en toda su vida.

—Tus presagios se cumplieron.

Lentamente, con tristeza y rencor, Glenn Adams se volvió hacia el que había hablado.

CAPÍTULO VI

—¿Es esto una prueba, teniente? —preguntó el muchacho con acidez—. ¿Le basta eso para convencerle?

Palmer desvió la mirada hacia el cadáver de Sammy Wells.

—Tienes motivos para hablarme así. ¿Dónde estabas cuando ocurrió esto? ¿Por qué nadie acompañaba a Sammy?

—Ese reproche también me lo hago yo. Salí de aquí persiguiendo algo que no tenía importancia… ¿Y Max Elder?

—Nadie le ha visto.

—¿Quién lo atropelló?

—Este callejón apenas nadie lo usa. Por eso no hay testigos. Sammy debió salir por aquí y le atropellaron. Tuvo que ser un choque muy violento, a juzgar por su estado.

—¿Ha detenido ya a Francis Kramer?

El policía se pasó la mano por el curtido rostro.

—¿Por qué motivo?

—¿Todavía lo pregunta?

—Sí, Glenn. Yo soy una pequeña pieza de la máquina legal, que no puede obrar por capricho o siguiendo esporádicas intuiciones; debo moverme de acuerdo con unos principios establecidos por quienes pueden darme órdenes. Dame una sola prueba de que esto es obra de Kramer, y nadie le salvará.

—¿No es obligación suya hacer ese tipo de trabajos? ¿O necesita también que le demos la investigación hecha? —preguntó ácidamente el muchacho, mientras miraba cómo recogían los restos de Sammy en una camilla.

—Estás muy excitado, Glenn, y no sabes lo que dices.

—Oh, sí lo sé. Y puesto que no me obliga ningún código, me encargaré personalmente de que Francis Kramer pague esto.

Se volvió en redondo y entró en el edificio. El policía extendió la mano, en un vano intento de detenerle.

—¡Cuidado con lo que haces, Glenn!

Pero el muchacho pareció no oírle. Miraba fijamente ante sí, muy abiertos los ojos, contraídas las pupilas, agresivamente proyectada hacia adelante su barbilla. Sus zapatos, al avanzar, arrancaban sonoros ecos del suelo enlosado, bajo las altas galerías del Palacio de los Deportes.

Al llegar a las oficinas de Kramer, empujó la puerta violentamente. Un viejo escribiente, que se protegía los cansados ojos con una visera verde, alzó la cabeza bajo el cono de luz que caía verticalmente sobre él, desde

una tulipa colgada del techo, y le miró, parpadeando.

—¿Cree que son modos de entrar en una dependencia? —gruñó, molesto.

Glenn no hizo caso del justo reproche.

—¿Dónde está Kramer y su pandilla de matones? —preguntó, mientras miraba la puerta que daba directamente al despacho del promotor de boxeo.

—El señor Kramer se marchó. Estoy solo, pero… si lo que busca es dinero, le diré que no hay un centavo en toda la oficina: se llevaron la recaudación íntegra.

Glenn se fue a la puerta del despacho y la abrió. Encendió la luz y lanzó una ojeada al despacho. Luego apagó y cerró, recostándose en la puerta.

—Escuche, esto no es un robo, sino un ajuste de cuentas. Para que pierda todo su miedo, le diré que hasta hace unos minutos era el secretario de Sammy Wells.

Al oír aquel nombre, el oficinista pareció animarse.

—¡Qué buena pelea la que ha hecho ese muchacho! En él hay un gran campeón. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Riñeron y le despachó?

—Algo mucho menos vulgar: está muerto. Lo han matado.

—¿Qué…?

—En el callejón de atrás, destrozado por un coche.

—¡Un… accidente…! ¡Cielos…!

—No; un asesinato. Y yo sé quién lo ha matado.

La emoción o la acerada mirada de Glenn parecieron aplastar al oficinista contra su asiento, haciéndole caer lentamente.

Respiraba con agitación y, lentamente, sus ojos fueron a la puerta del despacho de Kramer, sin duda, hilvanando la furiosa búsqueda del recién llegado con las palabras que acababa de oír.

—Apenas… puedo creerlo. Hace unos minutos Sammy estaba aquí…

—¿Cómo? ¿Qué dice? —Glenn se abalanzó sobre el viejo escribiente—. ¡Dígalo de una vez! ¿Estuvo aquí Sammy?

Sus manos zarandeaban nerviosamente al hombrecillo.

—Por favor, suélteme…

El joven respiró hondamente y se tranquilizó. Necesitó un largo minuto para ello. Quizá dos. Pero entonces su calma era mucho más peligrosa.

—Hable.

Hasta su voz había cambiado, ronca, con una vibración casi metálica.

—Sammy… habló con el señor Kramer, ahí dentro, en su despacho…

—¿Vino solo?

—Sí. Estuvieron dentro unos diez minutos. Luego Sammy salió. El señor Kramer le acompañó hasta la puerta y le pidió que regresara con Max Elder. Pasó un cuarto de hora y como no hicieron acto de presencia, el señor Kramer se despidió hasta mañana.

—Imagino que Mac y Duty, sus matones, le acompañarían.

—Fueron con él, en efecto. Pero usted no puede creer…

Glenn ya estaba fuera, en los pasillos. Directamente fue al vestuario de Sammy para revisarlo mejor. Un conserje apagaba luces en el corredor.

—¿Vio al señor Elder?

—Solo un momento después de la pelea, cuando el vestuario estaba lleno de periodistas —explicó el empleado, que añadió acto seguido—: ¡Pobre Sammy! ¿Cómo pueden ocurrir cosas como esta, cuando acababa de conquistar el título?

—¿Quiere ayudarme a buscar a Max Elder? —pidió Glenn sin entretenerse con las lamentaciones del conserje—. Temo que se encuentre en algún rincón del edificio.

El conserje abrió los ojos, asombrado, y luego asintió:

—Desde luego, señor, miraré por ahí…

Glenn entró en el vestuario, y paseó la mirada por las toallas sucias arrojadas por los rincones, los frascos de masaje, el albornoz de Sammy arrugado sobre una silla, los guantes colgados de la percha y la maleta, pegada a un rincón, donde habían llevado la ropa del boxeador. Todo tenía un aire vencido, acabado. Recordó en unos instantes los breves minutos de gloria disfrutados por Sammy, cuyo reinado mundial de los semipesados escasamente habría durado una hora, y se prometió no descansar hasta descubrir todo el cieno encubierto bajo aquel aparente accidente.

—¿Puede venir un momento, Señor? ¡Dé prisa!

Era el conserje que, pálido el rostro, le llamaba desde la puerta. Por su expresión supo que algo grave había vuelto a ocurrir.

—Es urgente —apremió—. Necesita que le ayuden.

Adams corrió tras el empleado hasta un cuartucho donde se hacinaban viejos aparatos del gimnasio, retirados del uso activo. Cerca de la puerta, recostado contra la pared, pero sentado en el suelo, estaba Max Elder, cerrados los ojos y respirando lentamente. Le habían golpeado y la sangre le manchaba el rostro.

Glenn se arrodilló junto a él.

—¡Max! —llamó, palpando los latidos de su corazón—. ¡Max, despierta!

El preparador de Sammy abrió los ojos lentamente y tardó en reconocer al muchacho.

—Oh, Glenn. ¿Qué… me ha sucedido?

—Alguien te golpeó, imagino. ¿No recuerdas cómo fue?

—Yo… Oh, mi cabeza. Creo que va a estallar… Pasaba por aquí… me llamaron desde dentro y… ya no sé más.

—¿Puedes valerte por ti mismo?

—Supongo que sí. Ayúdame.

Tiró de él y lo puso en pie, auxiliado por el conserje. Este preguntó:

—¿Aviso una ambulancia?

Max negó:

—Ya ha pasado. Tengo la cabeza dura…

—Vamos a la enfermería. Te curaré yo mismo. Luego hablaremos.

—¿Y Sammy?

—Luego.

Para cuando llegaron a la enfermería, Max se había recuperado casi por completo. El conserje abrió la puerta y Glenn hizo que el «manager» se sentara en una silla metálica, bajo luz intensa.

—¿No viste el que te golpeó?

—No; fue todo muy rápido.

Primero limpió la sangre reseca y entonces vio que brotaba de un corte en la ceja, sin importancia.

—No parece que el golpe fuese muy fuerte, Max —comentó Glenn—. Has tenido que recibir más fuertes en tu vida de púgil.

—Quizás estoy blando, pero el caso es que me dejó fuera de combate.

—Tienes un corte en la ceja y un hematoma en la cabeza, nada de importancia.

—¿Y Sammy? —Max le sujetó la mano con la que desinfectaba su ceja, y le miró a los ojos—: Hay algo que te preocupa, Glenn. ¿Qué es ello?

El muchacho se humedeció los labios y asintió, fatigadamente.

—Lo peor. Un coche… no se sabe cómo… Fue en el callejón posterior, sin testigos… Parece un accidente, pero…

—¿Y Sammy? —casi rugió.

Glenn sacudió la cabeza, negativamente. Max no parecía comprender hasta que se incorporó de golpe, arrojando la silla a varios pasos de distancia.

—¡No puede ser, Glenn, no puede ser! —chilló, sacudiéndole de las solapas.

—Sí. Está muerto.

—Pero, ¿cómo pudo ocurrir? ¿Cómo? —gritó y se golpeó la frente con ambos puños, como si hubiera enloquecido.

—Creo que podrás imaginarlo fácilmente.

Max alzó la cabeza y buscó en los ojos del muchacho la explicación que no terminaba de creer.

—¿Kramer?

—¿Quién otro si no? —masculló Glenn—. Le faltaba dinero, no quisimos acceder a su petición, y…

—Si es así, lo mataré con mis propias manos, Glenn. ¡Lo juro!

—Con gusto te echaré una mano, Max. Y ahora… í vámonos.

—¿Has hablado con la policía?

—El teniente Palmer sigue pidiendo pruebas para actuar contra Kramer. No le basta con el cadáver de Sammy.

Le cogió del brazo, y salieron por la puerta principal.

—Tengo la cabeza demasiado trastornada para pensar con lógica, muchacho —murmuró Max Elder, arrastrando los pies—, pero hay algo que me parece ver claro: me atacaron para dejar a Sammy sin protección, pero… ¿dónde diablos te habías metido tú?

—Les fue mucho más fácil eliminarme —respondió con acritud dirigida a él mismo—. Les bastó enseñarme un cebo para que picase vorazmente. Y el cebo era Melisa.

—¿Te engatusó? —preguntó Max, sorprendido, detenido en el bordillo de la acera, en espera de un taxi.

—No; la vi hablar con Kramer y luego salir de estampida. Fui tras ella para ver a dónde iba. Quería descubrir sus manejos y probarle al teniente que ella había mentido cuando negó haber sido raptada.

—¿Ya dónde te llevó?

—A ninguna parte. Se limitó a dar vueltas por ahí, haciéndome perder el tiempo. Para cuando me di cuenta, ya era tarde. Regresé y… encontré a la policía en torno al cadáver de Sammy.

Max no dijo nada, pero Glenn leyó en su silencio un leve reproche.

La circulación era intensa a aquella hora, y los taxis que pasaban estaban ocupados. Mientras trataba de descubrir uno libre, Glenn inquirió:

—El teniente Palmer te hizo algunas preguntas, ¿no es así?

—Sí, antes del combate. Quería saber si podía aportar algún dato a tu declaración.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, ¿qué podía añadir? Fuiste tú quien habló con el que te avisó el rapto de Melisa por teléfono, y tú también el que descubrió el cadáver de «Oxie».

—Entiendo —apretó los labios—. No hiciste sino confirmar los recelos de Palmer. Por si no lo sabes, él piensa que yo inventé toda la historia del rapto y hasta la de que el gato murió, si me apuras mucho.

—Yo vi muerto a «Oxie», y se lo dije al teniente.

—Pero quizá piensa que yo mismo lo envenené.

—¿Por qué habría de imaginar eso?

—No sé; son tonterías que se me ocurren. Pero los policías se vuelven muy susceptibles cuando no pueden comprobar las historias que les cuentas. ¡Allí hay un taxi…!

Gesticuló a tiempo porque el chófer les vio, y maniobró hábilmente para pegarse a la acera.

—Iremos a ver a Palmer: supongo que le interesará conocer de tus labios el relato de la agresión que has sufrido —dijo Glenn, al tiempo que ayudaba a su amigo a subir al taxi.

Este se dejó caer en el asiento y cerró los ojos, al tiempo que contenía un gemido.

—Me parece que todo es producto de mi imaginación —murmuró—. Como si sufriera una pesadilla y fuera a despertarme de un momento a otro.

—Por desgracia, no ocurrirá así—. Glenn encendió un cigarrillo y se recostó en el mullido asiento, cerrando los ojos.

CAPÍTULO VII

El médico cerró su maletín de urgencia, y echó una última ojeada al parche sobre la ceja de Max Elder.

—No morirá de esta —bromeó—. En sus tiempos de boxeador debió conocer golpes semejantes. Dentro de un par de días vaya a un médico para que le levante el apósito. Ahora iré a dormir, teniente, si no tengo más trabajo por ahí.

Palmer sacudió la cabeza y bebió la taza de café que un ordenanza acababa de traerle.

—Gracias, doctor.

Glenn le abrió la puerta.

—¿Ha examinado el cadáver de Sammy, doctor?

—Sí.

—¿Cuál es su opinión?

—Murió a consecuencia del atropello. Fractura de la base del cráneo, ambas piernas rotas, hundido el tórax… Le sobraban heridas para morir.

—¿Pudieron antes narcotizarle o envenenarle?

El doctor miró al teniente, como consultándole, y al no advertir oposición en este, respondió:

—Es algo que únicamente podré saberlo mañana, después de la autopsia. Y ahora…

—Gracias, doctor.

Cerró la puerta detrás del forense, y miró al teniente.

—¿Qué opina ahora? Ya ha oído la historia de Max.

Palmer se tomó tiempo para responder, y cuando lo hizo dio la sensación de andar buscando las palabras, una a una.

—Honradamente, no podría asegurar que la agresión de que Max fue víctima y el atropello de Sammy procedan de una misma mano.

Glenn soltó una interjección.

—Decididamente, es usted de una miopía desconsoladora.

Abrió la puerta y salió. No quiso escuchar la llamada del teniente y continuó adelante, furioso, encolerizado, terriblemente dolido por haber abandonado a Sammy, aún inconscientemente, dando oportunidad a Francis Kramer para que cumpliera sus amenazas.

El fresco aire nocturno le estimuló. Aspiró grandes bocanadas mientras caminaba con paso vivo por la acera, sin rumbo determinado. Pensaba en lo ocurrido en las últimas horas. En que ni Max ni él habían sabido proteger debidamente a Sammy. Comprendía que la treta de Melisa le hubiera desorientado, pero no acababa de convencerse de que un simple

golpe en la ceja hubiera dejado fuera de combate a Elder.

Se detuvo en una esquina, pensando en Melisa. Ella no amaba a Sammy, pero eso no justificaba que se hubiera convertido en cómplice de Francis para asesinar a su marido. Sin embargo, la actitud de la joven había sido ostensiblemente sospechosa, y tenía que averiguar la causa de su complicidad con Kramer.

Tomó súbitamente una decisión, y detuvo el primer taxi con el que se cruzó. Recostado en el asiento, mientras era conducido al apartamento de Sammy, pensó en que la ambición de Melisa podía haber conducido a su marido a la muerte.

Le hervía la sangre en las venas cuando pagó la carrera ante el edificio donde esperaba encontrar a la muchacha. Subió en el ascensor hasta el piso inferior, y luego a pie remontó la diferencia de altura silenciosamente para que ella no se pusiera sobre aviso al escuchar el ascensor.

Nadie le vio durante el trayecto, dado lo avanzado de la hora, y así pudo deslizarse por el pasillo silenciosamente hasta la puerta. Una vez ante ella, introdujo la llave en la cerradura y, suavemente, la hizo girar. Cerró con idéntico cuidado, y encendió la luz. Inmediatamente comprendió que Melisa había llegado. Sus zapatos, tirados en la alfombra, junto al sillón rojo, denunciaban su paso perezoso. En la mesita próxima, un vaso ofrecía la huella del carmín de sus labios sensuales. Glenn miró a la puerta del dormitorio, entornada, y llegó hasta ella.

Encendió la luz. Melisa se incorporó, sorprendida, parpadeando y tratando de cubrirse con la sábana que se había deslizado durante el descanso. Por un momento, el muchacho captó el brillo nacarado de la piel femenina y, acto seguido, la expresión complacida de sus ojos. El cabello platino le rozaba el desnudo hombro, en una incitante caricia que resultaba turbadora.

—¿Por qué esa mirada furiosa, Glenn? ¿No podemos ser buenos amigos? —ronroneó—. Dime que sí, querido, y acércate.

Glenn apretó los labios hasta formar una línea estrecha en su rostro.

—Vístete y ven.

Cerró la puerta y respiró con fuerza para librarse de la tentadora imagen.

Se tomó un *whisky*, de pie junto al mueble bar, y no se volvió al escuchar la puerta.

—¿Dónde está Sammy? —preguntó Melisa—. ¿Por qué lo quitas siempre de mi camino?

Había recobrado también su tono altivo, renunciando ya a atraerle con sus maneras seductoras.

Glenn se volvió lentamente, manteniendo entre los dedos el alto vaso donde todavía quedaban dos dedos de *whisky*. Sus ojos penetrantes recorrieron la silueta femenina y detallaron sus encantos con la frialdad de

un notario.

Bajo su examen, Melisa irguió su largo cuerpo bajo la fina prenda de noche.

—Es sorprendente tu cinismo, Melisa, Sabes muy bien que Sammy no puede venir; no lo hará nunca, ni hoy ni en el resto de tu vida, porque a estas horas yace sobre una losa de la «morgue».

Los ojos femeninos se agrandaron, el color huyó de sus facciones, y abrió la boca para gritar. Llegó a hacerlo, pero únicamente salió un sonido roto, quebrado. Luego se tambaleó y se le doblaron las piernas.

Instintivamente, Glenn acudió en auxilio de la mujer, y la cogió entre sus brazos antes de que rodara por el suelo. La proximidad de aquel cuerpo le enervó, a pesar de su rencor. Bajo la sedosa «negligé», la piel de Melisa tenía una turgencia que podía enloquecer a cualquier hombre. Adams la alzó en el aire y trasladó el desmayado cuerpo a un sofá, donde lo extendió cuidadosamente. Muy pálidas las mejillas y exangües los labios, el rostro femenino parecía extrañamente infantil y puro, como si perteneciera a una muchacha incapaz de albergar ninguna ambición malsana. Por un instante, Glenn sintió la tentación de ceder a su influjo y aceptarla sin reservas, fiando de su aparente inocencia. Pero cuando la vio mover los párpados y abanicar el aire con sus largas pestañas, retrocedió un paso, prietos los puños y dispuesto a hacerla confesar por todos los medios.

—Oh, Glenn… —suspiró y se removió, tendida en el sofá, alzándose bravamente su busto a impulsos de la entrecortada respiración—. ¿Qué has dicho de Sammy?

—Lo sabes muy bien, pues eres cómplice. Melisa se irguió bruscamente.

—¿Qué dices?

—¿Vas a negar que estás de acuerdo con Francis Kramer, en contra de Sammy?

—Pero… ¿qué le ha ocurrido?

—Está muerto, asesinado. ¿Acaso lo ignoras? Pareces buena actriz, Melisa, pero ese arte no te librará de tu responsabilidad.

—¿Sammy… muerto?

Glenn avanzó hacia ella y la cogió por los hombros, clavando en la cálida carne sus dedos furiosos. La zarandeó con rudeza mientras disparaba sus palabras como puñetazos:

—¡Sí, muerto, asesinado! ¡Lo han atropellado para que pareciese un accidente! Y eso solo pudieron hacerlo, librándose antes de Max y de mí. A Max le propinaron un golpe y lo encerraron en una de las dependencias del Palacio de los Deportes, pero conmigo no necesitaron emplear medios violentos. ¡Les bastó con enseñarme un cebo! ¡Un bonito cebo, es verdad, pues yo sospechaba de ti! ¡Kramer te ordenó que salieras con aire misterioso ante mis ojos, pensando que eso bastaría para que yo iniciara la persecución, como así fue! ¿Acaso vas a negarlo? ¡Niégalo, si te atreves!

La agitó con mayor rudeza, y terminó arrojándola al sofá, despectivamente. El cuerpo femenino, desmadejado por la violencia masculina, cayó de lado y se deslizó hasta quedar ovillada sobre el mullido, aterrada la expresión, temiendo nuevas violencias.

—Debería hacer contigo lo mismo que han hecho con Sammy. ¡Eres peor que una alimaña, Melisa! Sammy te sacó del cieno en que vivías, y desde entonces solo has pensado en cómo herirle. Has sido igual que un parásito y, al final, has contribuido a matarlo.

¿Cuánto te han pagado por ese trabajo?

Gruesas lágrimas rodaban por las tersas mejillas femeninas. El cuerpo femenino se agitaba a impulsos de unos sollozos ahogados, que revelaban un enorme desconsuelo.

—No puedes creer eso de mí, Glenn —susurró, temblando y acariciándose los hombros y los brazos martirizados por las manos del muchacho—. Es cierto que he tratado de olvidar el asco que me producía estar casada con Sammy, divirtiéndome con Guy Calvert o con otros, pero… no soy una asesina, Glenn.

—Es difícil que pueda creerte.

—Sin embargo, no miento. He cometido torpezas porque buscaba la forma de librarme de una unión que me repugnaba… He tenido mala suerte en la vida, Glenn. Nunca he encontrado un hombre cabal del que enamorarme… y cuando lo he encontrado se ha convertido en mi peor enemigo.

—No vas a ablandarme con tus palabras, nena.

Ella se irguió.

—Lo sé. Tu fidelidad hacia Sammy llegará hasta más allá de su muerte.

—Era mi amigo. Yo tuve fe en él, y a su vez él confió en mí. Lo saque también de muy abajo para conducirlo a la cima. Hace unas horas se convirtió en campeón, pero alguien estropeó mi obra, con su ambición. Y ese alguien tendrá que sufrir, por lo menos, la misma muerte de Sammy. No descansaré hasta conseguirlo.

—Yo no he tenido parte en eso, te doy mi palabra. Glenn lanzó una risotada.

—¿Vale algo tu palabra? ¿Olvidas acaso lo que eres, lo que has sido siempre? Tu palabra, como tu cuerpo, es fácil comprarlos con unas monedas. No me sirve.

Las mejillas de Melisa enrojecieron.

—Te odio.

—Tampoco me preocupa. Solo quiero que hables claro.

Melisa le volvió la espalda y caminó hacia el dormitorio.

—Pierdes el tiempo. No seré yo quien te haga fácil el camino. Mejor será que te marches, porque de otro modo avisaré a la policía. Le diré al teniente Palmer que me has maltratado y… creo que tus dedos han dejado

marcas en mis hombros.

Glenn se maldijo entre dientes por su brusquedad. Había obrado con demasiada torpeza, mostrándose tan rudo, y todo lo que había conseguido era la enemistad más absoluta por parte de Melisa.

—Tendrás que explicarle muchas cosas al teniente —aseguró.

Se volvió en redondo y abrió la puerta del apartamento. Salía con furia y casi tropezó con un hombre que llegaba justo en aquel instante.

—Gracias a Dios que te encuentro, Glenn.

CAPÍTULO VIII

—Deprisa, Glenn, salgamos de aquí —la expresión de Phil Lydon era ansiosa y, mientras hablaba, volvió un par de veces la cabeza hacia la escalera, como si temiera que alguien hubiera podido seguirle—. ¡No tienes tiempo que perder!

—Pero, ¿qué ocurre?

El periodista deportivo se pasó la mano por la barbilla, nerviosamente.

—Si al fin te cogen, por favor, no les digas que yo te avisé: me considerarían cómplice, y podrían arruinar mi carrera.

—¿A qué diablos te refieres? ¡Vamos, Phil, no tengo humor para acertijos! —gruñó Glenn, dirigiéndose al ascensor.

—¿No hay una salida posterior? —le detuvo por el brazo—. La policía te busca. Hay una orden de captura contra ti.

—¿Has bebido demasiado?

—¡Estoy ayudándote, muchacho! Acabo de enterarme de que te acusan del asesinato de Sammy. El teniente Palmer ha jurado pulsar él mismo la palanca de la silla eléctrica, cuando te sienten en ella.

Adams parpadeó repetidas veces, buscando una explicación a las extrañas palabras del periodista.

—¿Dices que me acusan de haber matado a Sammy? Pero… ¡eso es absurdo! ¿Qué clase de broma estás gastándome?

—Han encontrado tu coche, Glenn. El parachoques y los guardabarros están abollados y hay sangre en ellos, lo mismo que en las ruedas: es la misma sangre de Sammy. ¿Aún no lo comprendes?

—Sigo sin creer… —tenía la boca seca y las rodillas flojas, pese a que se repetía una y otra vez que era una broma absurda. ¿Por qué podían pensar que él asesinó a Sammy? ¿Acaso no se daban cuenta de que el boxeador negro era su mejor amigo?—. Es una estupidez— exclamó, rabioso—. No tengo ningún motivo para desear su muerte.

—Es que hay algo más: dentro del coche han encontrado un sobre de Francis Kramer, con el nombre de Sammy Wells, escrito por la propia mano de Francis Kramer.

—¿Y qué?

—Dentro del sobre debería haber noventa y siete mil dólares que Kramer entregó a Sammy por la pelea.

De pronto, Glenn notó que un velo rojo enturbiaba su vista, y sus manos aferraron violentamente las solapas del periodista.

—¿Qué estás diciendo? —le zarandeó—. ¿Me acusas de haber asesinado a Sammy para robarle? ¿Cómo se te puede ocurrir una idea tan

sucia? ¡Era mi mejor amigo, Phil, y tú lo sabes! ¡Yo hice de él un campeón, y logré que se rehabilitase! ¿Iba a truncar su carrera, ahora que había llegado a la cima?

Lydon se soltó dificultosamente de las airadas manos de Glenn.

—No soy yo quien te acusa, muchacho, no te excites. Precisamente estoy aquí para ayudarte: eso significa que creo en tu inocencia. Pero el teniente Palmer no piensa igual.

—¡Esto es una cochina trampa urdida por quien yo sé!

—Cuidado, Glenn, no resbales. Sé que piensas en Kramer, pero él lo tiene todo en orden: pagó a Sammy la bolsa, como lo atestigua con la firma de un recibo en que este reconoció haber cobrado los noventa y siete mil dólares. Hay testigos de ello que firmaron también, para garantizar la operación. A partir de entonces, Kramer puede presentar una coartada de todos los minutos de la noche, hasta ahora. La policía ya le ha interrogado.

—¡El hecho de que hayan utilizado mi coche no prueba que lo manejase yo! Me lo robaron.

—¿Lo denunciaste?

—No; era más importante la muerte de Sammy. En cuanto al sobre… cualquiera pudo ponerlo allí.

—Pero es que Palmer ha encontrado en tu apartamento un cheque entregado por Kramer a Sammy para completar la cuenta de los noventa y siete mil. Un cheque por la cifra de diez mil. Eso quiere decir que Sammy guardaba ochenta y siete mil. Quien lo asesino llevó un buen botín.

Poco a poco, fue dándose cuenta Glenn de que habían trazado un cerco mortal en torno a él. Todo le acusaba. Y entonces empezó a sentir la angustia del perseguido. Un sudor frío resbaló por su frente, y le pareció que no había suficiente aire en el rellano para alimentar sus pulmones.

—Tienes que tomarte un poco de tiempo para pensar con lucidez, Glenn. Mi consejo es que antes de entregarte, pongas orden en tus ideas y busques una coartada que te libre de esa acusación. He querido prevenirte, jugándome el tipo: no me delates.

—Descuida y… gracias.

—Mañana la Prensa se volcará en esta noticia. Vas a leer cosas muy duras, muchacho, e incluso puede que yo mismo deba escribirlas, pero no me lo tomes en cuenta: tú sabes que estoy a tu lado. Lo que ocurre es que al público hay que echarle carnaza para satisfacer sus instintos. Si no lo hiciera, el director cargaría contra mí.

Adams, hundida la barbilla en el pecho, pensaba rápidamente.

—¿Por qué pierdes el tiempo? El teniente no tardará en llegar.

—Hay ahí dentro alguien que puede darme muchas explicaciones.

—¿Quién?

—Melisa, la viuda de Sammy. Tendré que hacerla hablar. Vete, Phil.

—¿Qué vas a hacer? No estropees más tu situación.

—Déjame. Sé lo que hago. Ella es cómplice.

Volvió a la puerta del aposento y la abrió con su llave, cerrando acto seguido. No le importó hacer ruido. Melisa iba a tener ocasión de sobresaltarse de todas formas. Bruscamente, empujó la puerta del dormitorio y pulsó el interruptor de la luz.

La lujosa lámpara central, que pendía del techo, lanzó su luz tornasolada por los primas de cristal sobre el lecho.

Pero en él solo quedaba la huella cálida del cuerpo de Melisa. Glenn dudó un instante, solo el tiempo preciso para suponer que ella se encontraba en el baño. Atravesó el dormitorio y empujó la puerta situada al otro extremo. La hoja de madera cedió, las luces estaban también encendidas, pero de Melisa solo quedaba el rastro de sus prendas abandonadas en una calzadora.

Con un gruñido de descontento, salió de allí y volvió al «living». Los zapatos que viera la vez anterior junto al sillón rojo habían desaparecido, como si su dueña los hubiera recobrado, pero ella no había podido escapar por la puerta del apartamento, ya que él y Phil Lydon estuvieron en el rellano, conversando.

No le quedaba por mirar más que la cocina, así que empujó la puerta oscilante, y en el acto el muchacho comprendió.

Junto al frigorífico había una puerta, ordinariamente inutilizada, que daba a la escalera de servicio. Siempre estaba bloqueada por un cerrojo, pero Melisa se había preocupado de accionar este y aprovechar aquella salida para huir.

No pudo entretenerse más porque en aquel instante sonó el zumbador de la puerta principal y unos golpes autoritarios, a la par que unas voces que exigían le fuera abierta la puerta a la ley.

Glenn no dudó un segundo. Traspasó la puerta de servicio y alcanzó la estrecha escalera, contento de que el apartamento dispusiera de aquella salida de emergencia.

Los golpes arreciaban en la puerta principal, pero no se entretuvo en comprobar los resultados, y empezó a bajar rápidamente.

Aún no había llegado a la planta inferior, cuando oyó pasos ruidosos que subían y una voz que ascendió sonoramente por el hueco de la escalera:

—¡Daos prisa! ¡Intentará huir por la azotea!

Glenn se inmovilizó, sintiendo un sudor frío en la espalda. ¡El teniente Palmer había resultado más inteligente de lo que era dable imaginar!

Miró a lo alto, calculando si podría escapar por las azoteas antes de que los policías le alcanzaran, pero en aquel instante se abrió una puerta a su espalda.

Giró instintivamente, alarmado, y sonó un chasquido. En el mismo instante se encendió una luz vivísima ante sus ojos, que le dejó cegado, y

al extinguirse una fracción de segundo después danzaron ante sus retinas una miríada de minúsculas estrellas incandescentes que le impedían la visión.

De detrás de aquella barrera ígnea, le llegó la voz:

—Entre, rápido.

Empezó a distinguir una figura que supuso de mujer, por la voz que acababa de oír. Una mano le cogió del brazo y apremió:

—¿Quiere que le atrapen? ¡Entre de una vez!

Obedeció y oyó el suave chasquido de la puerta al encajarse.

Solo entonces pudo distinguir a la propietaria de la voz y la mano. Era una morena de suelta melena y ojos verdes, golosos y pícaros. En la mano izquierda sostenía todavía una cámara fotográfica, a la que estaba adosado un "flash" electrónico, fuente indudable de aquel deslumbramiento momentáneo que le había cegado y sorprendido hasta el punto de impedirle reaccionar normalmente.

—¿Quién es usted y qué significa esto?

—Mi nombre es Nina Benson, y como podrá deducir fácilmente soy fotógrafo-reportero. Creo que me van a pagar una bonita suma por esta foto en mi periódico. Ya nadie dirá que una mujer no puede desempeñar honrosamente esta dura profesión.

Glenn compuso un gesto duro y engarfió las manos.

—Escuche, preciosa, siento mucho estropearle un buen negocio, pero va a entregarme esa placa ahora mismo y… sin protestar.

Nina Benson no pareció inquietarse lo más mínimo por la actitud amenazadora de Glenn. Se limitó a recostarse en la puerta y sonreírle.

—¿Olvida que acabo de sacarle de las garras de la policía? Una cosa a cambio de la otra.

Glenn miró largamente a la muchacha. Era agradable su gesto y su expresión. No pertenecía al tipo de Melisa, aunque nada tuviera que envidiar a la seductora viuda de Sammy. Nina era distinta, más distinguida, más sencilla, con aire más hogareño. Indudablemente, se las había ingeniado para mantenerse limpia en una gran ciudad como aquella.

—¿Somos amigos? —invitó, tendiéndole la mano.

El muchacho tuvo que aceptarla, y al captar la sonrisa femenina rio brevemente.

—Es lo único bueno que me ocurre en las últimas horas.

—Lo sé.

Cruzaron la cocina y entraron en el «living», idéntico al del piso superior, donde había vivido con Sammy las últimas semanas.

—Parece muy enterada de mi problema.

—Phil Lydon ha telefoneado la noticia al periódico. Yo le conocía a usted de habernos cruzado en el vestíbulo y en el ascensor, y sin decir nada a nadie me dispuse a sorprenderle. Iba a subir cuando vi a la policía,

así que imaginé que usted huiría por la puerta de servicio, como así ha sido.

—Y me ha salvado, al menos momentáneamente.

—Sí.

—¿No se ha comprometido demasiado?

—Nadie tiene que saber que ha estado aquí.

—Pero si publica la foto, la policía le hará preguntas.

—Y yo responderé con una verdad… a medias: que le vi bajar y le disparé la foto.

—¿Por qué lo hace?

—No creo que usted sea un asesino.

—¿Siempre es igual de confiada?

Bajó ella la cabeza y desarmó el soporte que unía el «flash» y la cámara.

—Sé varias cosas de usted, y me bastan para comprender que ha obrado siempre con nobleza. Un hombre no cambia de la noche a la mañana.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Phil y Max Elder. ¿Recuerda el artículo que salió el domingo sobre Sammy? Las fotografías eran mías. Entonces tuve ocasión de conversar con Max.

Había guardado la cámara en su funda, y mantenía en las manos el chasis con la placa recién impresionada.

—Voy a revelarla en el cuarto oscuro. Sírvase algo de beber. No tardaré.

Quince minutos después estaba de regreso, con una húmeda copia en la mano.

—Se le ve sorprendido y asustado: justo la expresión de un hombre acosado por la ley.

Le mostró la foto. Nina había sido exacta en su descripción. Iba a tener un gran éxito periodístico.

—¿Me permite publicarla?

—Usted lo desea demasiado para que yo me atreva a negarle esa satisfacción. La policía ya se ha marchado, según he podido comprobar por la mirilla, y yo tengo unas horas de respiro. Gracias, Nina.

Tomó su mano y la acarició. La muchacha desvió la mirada, enrojecidas las mejillas.

—¿Qué va a hacer, señor Adams?

—Mi nombre es Glenn y… no lo sé: pensar tal vez en mi futuro.

—Quédese aquí mientras llevo al periódico la foto. Podrá dormir incluso en ese sofá, si tiene sueño. Y, si quiere un consejo, no se convierta en un hombre fuera de la ley.

—Otra vez gracias por su ofrecimiento, pero no puedo aceptar: sería demasiado egoísta por mí parte. Podrían descubrirme aquí, y a usted le

causaría un grave disgusto. Me marcharé.

—¡Pero no tendrá refugio en ningún lado, en cuanto aparezca esta foto en el periódico!

—Lo sé.

—¿Y aun así me permite que la entregue?

—Me gusta corresponder a los favores que me hacen. Ella sonrió un instante con cierta tristeza, según le pareció a Glenn, y luego, con movimientos bruscos, metió la fotografía en un sobre, cogió un ligero impermeable y salió del apartamento, sin una palabra de despedida.

Adams quiso llamarla, pero Nina ya estaba fuera, como si le urgiese alejarse de allí lo más posible. El muchacho sabía, sin embargo, que no era la ambición del triunfo lo que la impelía a obrar de ese modo, sino la debilidad de no ser demasiado fuerte para cumplir con su deber.

Lentamente, encendió un cigarrillo y dio unas largas chupadas. Luego, sin prisa, abandonó la estancia.

CAPÍTULO IX

Glenn miró el reloj de pulsera, comprobando que pasaba de la media noche. La circulación había disminuido sensiblemente y la gran ciudad dormía en parte, sin abandonar por eso su tono ruidoso.

Tiró el cigarrillo y lo aplastó. Sabía que le quedaban pocas horas de libertad. Con el nuevo día, la policía lo atraparía, y después solo Dios sabía lo que sería de él.

Llegó hasta el bordillo de la acera, y miró en ambas direcciones, buscando un taxi. Necesitaba darse prisa, si quería encontrar a Francis Kramer en sus habituales lugares de diversión.

Vio uno que doblaba por la esquina más próxima, y le hizo señas. Poco después rodaba a toda velocidad, conduciéndole al «Atlantic Club», un local cuyos precios seleccionaban automáticamente la clientela. Había estado en él varias veces, y sabía que el promotor de boxeo acostumbraba a gastar en él sus horas de ocio, arrullado por las rubias oxigenadas que lo frecuentaban.

Despachó el taxi y entró, recibiendo el atento saludo del portero, que recordaba el billete de diez dólares que le había dado de propina la última vez.

—¿Ha visto al señor Kramer?

—Sí, señor. Vino hace una hora aproximadamente.

—¿Solo?

—Siempre le acompañan sus… secretarios.

El portero había aprendido a no definir por su verdadero nombre los oficios deleznables.

—Gracias: si ve a alguno, no le diga que pregunté por el señor Kramer.

Otro billete de diez dólares le aseguró el mutismo del portero.

Cruzó un vestíbulo y entreabrió unas cortinas de terciopelo. La sala estaba en aquel instante a oscuras, solo iluminada la pista, donde una pelirroja mostraba cada vez más amplias zonas de su piel, al compás de una melodía suave y obsesiva.

Glenn entró y se deslizó silenciosamente, pegado a la pared, a espaldas de los clientes que seguían embelesados el espectáculo.

Una muchacha rubia, de largas y perfectas piernas enfundadas en mallas, le interceptaba el paso. Un breve corpiño realzaba su busto con estudiada picardía, y del cuello le colgaba una bandeja donde se alineaban numerosas marcas de cigarrillos.

Glenn posó su mano en la cintura femenina, y ella se volvió. Sus ojos de gata le reconocieron en la oscuridad.

—Oh, señor Adams… Me asustó…

Le cerró la boca con sus labios, largamente. Bajo la caricia, ella ronroneó.

—Señor Adams… —susurró.

Él abarcó mejor su cintura y la empujó por una puertecita a la entrada de servicio, fuera de la sala.

Una vez en los solitarios corredores, la chica se acomodó mejor en el hueco del brazo masculino.

—Te necesito, nena.

Ella volvió a buscar sus labios. La bandeja era un impedimento, y empezó a despojarse de ella, pero Glenn la contuvo.

—Un momento, cariño. Hay algo que puedes hacer por mí.

—Oh, sí.

Glenn formó un canutillo con un billete de cincuenta dólares y lo deslizó en la «V» del corpiño hasta que desapareció de su vista.

—¿Conoces a Francis Kramer, verdad?

—Sí, pero… Yo creí que íbamos a marcharnos…

—Este es un asunto muy importante para mí: de vida o muerte —aunque trató de quitar importancia a sus palabras, notó que la rubia se envaraba, súbitamente alarmada. Sus rojos labios se entreabrieron a impulsos de una respiración anhelante:

—¿Tiene problemas…?

—Y graves. Acércate a la mesa de Kramer y dile que Melisa le aguarda aquí: que es urgente.

—¿Melisa?

—Sí; no le hables de mí. Pronuncia solo el nombre de Melisa. Luego márchate a casa y yo iré a buscarte.

Se le disipó el miedo, y volvió a ser la mujer caprichosa de siempre.

—Descuida, lo haré —le tuteó por vez primera, satisfecha.

Dio media vuelta y, antes de pasar a la sala, le obsequió con una hábil rotación de caderas que hubiera hecho enrojecer de envidia a cualquier «vedette» de Broadway.

Por entre las cortinas miró de nuevo a la sala. La pelirroja había desaparecido triunfalmente, a juzgar por los enardecidos aplausos, y las pequeñas lámparas de las mesas se habían encendido, despejando en parte las sombras. No todas, sin embargo. Varias mesas preferían estar a oscuras, y sus ocupantes habían pulsado los correspondientes interruptores, deseando una mayor intimidad.

Una de ellas era la de Kramer, que se recostaba entre dos rubias de hombros desnudos. La más joven soportaba su asedio entre risas, mientras la otra se ocupaba de vaciar la botella de champaña. Tras la espalda de Kramer, sus matones, Mac y Duty, velaban por su amo, manteniéndose sobrios a base de Coca-Cola.

La cigarrera se acercó a la mesa de Kramer, e, inclinándose sobre él, deslizó unas palabras en su oído. Francis perdió todo interés por las dos mujeres y se incorporó. Mac y Duty hicieron ademán de seguirle, pero su jefe les rechazó.

Glenn retrocedió hasta una zona de oscuridad próxima a la puerta de servicio, y metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Por fortuna, nadie pasaba por allí, de modo que podrían conversar sin miedo a interrupciones.

Las cortinas se deslizaron y Kramer apareció, mirando en todas las direcciones. Su sexto sentido debió avisarle del peligro que corría, y empezó a volverse para llamar a sus matones, pero Glenn salió a la luz, alargando su índice dentro del bolsillo.

—Quieto. No dé la alarma o le mataré. Me culpan de la muerte de Sammy, aunque soy inocente, pero en cuanto me capturen, me llevarán a la silla eléctrica, así que prefiero ir por algo que de verdad haya hecho. ¡Acérquese!

Kramer avanzó hacia la zona de oscuridad, intensamente pálido.

—¿Qué es lo que quieres, muchacho?

—Hablar con usted. Quiero que suelte todo lo que sepa. Y hágalo pronto. Estoy deseando perforarle esa asquerosa barriga.

—Cálmate, Glenn. No sé qué tienes contra mí.

—No, ¿eh? ¿Le parece poco haber asesinado a Sammy?

—¡Yo no lo he hecho!

—Oh, claro, lo supongo. Los tipos como usted no se manchan las manos: para eso paga a bestias como Mac y Duty.

—¡Te juro que no lo hicieron tampoco! ¡Yo no di la orden de asesinar a Sammy! ¿Por qué lo iba a hacer?

—Hay noventa y siete mil razones para ello: una por dólar.

—¿Crees que le maté para robarle?

—Muy listo. Veo que comprende.

—¡Estás loco, chico! Tengo dos testigos que firmaron con Sammy el recibo, y vieron cómo le entregaba el dinero de la bolsa.

—¿Qué testigos son esos?

—Guy Calvert y un conserje del Palacio de los Deportes, Harry Norval.

El muchacho arqueó las cejas.

—Vaya, Guy Calvert aparece mezclado en esto. ¿De qué lo conoce usted?

—Es amigo de Melisa.

—Sí; muy amigo. ¿Cree que vale su testimonio de algo?

—¿Por qué no? Las cuestiones de faldas son aparte de los negocios.

—Pero Melisa estaba de acuerdo con usted. Y lo prueba el hecho de que a su nombre usted ha acudido a esta trampa.

—Cierto. Pero eso no prueba que maté a Sammy.

—Luego, usted raptó a Melisa.

Kramer iba recobrando su sangre fría, al ver que había una posibilidad de diálogo.

—No la rapté: ella estaba de acuerdo conmigo, como dices.

—¡Explique todo el plan… y deprisa! No haga tiempo para que vengan sus matones o tendré que matarle.

Kramer volvió a perder la sangre de sus mejillas.

—Tú sabes que tengo dificultades financieras con el Fisco. «Viking» Olson estaba de acuerdo en diferir el cobro de la bolsa, caso de ganar, y quise que Sammy me prometiera lo mismo. Pero Max y tú os opusisteis, con el consiguiente riesgo para mí. Por eso ideé fingir un rapto de Melisa, y asustar con eso a Sammy para que se dejase derrotar. Lo hiciste muy bien, y él no se enteró del asunto; por eso ganó, como yo temía.

—Y al término del combate, cuando vio que tendría que pagar, urdió la segunda parte del plan: hizo que Melisa me arrastrara a una persecución sin objeto para apartarme de Sammy, y luego alguno de sus matones liquidó a Max. Ya estaba Wells a su merced, ¿verdad?

—¡Esa no es toda la verdad! —casi chilló el promotor de boxeo—. Melisa tuvo arte para quitarle de en medio, y hubiéramos hecho algo parecido con Max, pero no hizo falta: no lo encontramos por ningún lado. Entonces llamé a Sammy, y le pedí que me hiciera el favor de no cobrar, pero no quiso ni escucharme. Exigió su dinero, y le dije que fuera en busca de Max para extender los recibos. Salió de mi oficina y al ver que no regresaba, salí en su busca. Lo encontré en su aposento, desconcertado al verse abandonado por los dos hombres que lo habían amparado durante los últimos años. Allí firmó el recibo, en presencia de Guy Calvert y de Norval, el conserje, y me marché: eso es todo cuanto sé del asunto.

—Y luego le aguardó en el callejón para atropellarle con mi coche cuando saliera… ¿Va a decir que no es cierto?

—¡Claro que lo digo! ¡Yo no le maté!

—Está bien; voy a apretar el gatillo, Kramer.

Su acento era tan feroz que el promotor lo creyó.

—¡No! ¡No lo hagas, Glenn!

—¿Quién lo mató?

—¡No lo sé! ¡Por lo que más quieras, no aprietes el gatillo, muchacho! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Te lo juro! ¡He dicho cuanto sabía…!

Las cortinas se movieron y aparecieron Mac y Duty, con gesto feroz, ostensiblemente hundidas sus manos en los sobacos.

Glenn sacudió su diestra en el bolsillo.

—Si esos perros no sacan las manos vacías, apretaré el gatillo, Kramer.

El promotor, temblorosos los labios, jadeó:

—Quietos, chicos… dejadle en paz o me matará.

Los dos matones sacaron sus manos lentamente y las alzaron por

encima de su cabeza.

—Acercaos.

Obedecieron ellos, mascullando venganzas.

—¿Dónde vive Calvert?

—En Holborn Street, 419.

Glenn miró a los dos indeseables.

—Volveos de espalda, contra la pared.

Obedecieron ellos, bajo la amenaza que suponían en el bolsillo de Glenn, y este, con precaución, les despojó de sus pistolas, cuyas municiones retiró, devolviendo las armas a las fundas correspondientes. Luego, con los cordones de una cortina próxima ató a los tres, y con sus propios pañuelos les amordazó, metiéndolos en un cuartucho, que cerró con llave.

Por la puerta de servicio salió a la calle, y en la primera alcantarilla que encontró, arrojó los dos cargadores y la llave del cuarto donde había encerrado a Kramer y sus matones.

Se había ganado tres enemigos mortales: que le cazasen era solo cuestión de tiempo.

Glenn pensó por un momento que sería preferible caer en manos de la policía.

CAPÍTULO X

Apretó el pulsador del timbre, hasta que al otro lado de la puerta oyó unos pasos. Siguió un gruñido malhumorado y luego el chasquido del pestillo de la puerta.

Guy Calvert, desnudo su atlético torso de modelo de revista de gimnasia, abrió de un tirón.

—¿Qué mil diablos…? —empezó, pero al verle se despabiló por completo—. ¿Usted, maldito sea?

No lo pensó bien, y se creyó por un momento un héroe. El caso es que lanzó su puño hacia adelante, buscando, codicioso, la barbilla de Glenn. Este esperaba algo parecido porque levantó el brazo izquierdo con suma facilidad, deteniendo el golpe, y lanzó su derecha en golpe similar al intentado por Calvert.

Su barbilla crujió, los ojos danzaron en sus órbitas, y se desplomó de espaldas, tan largo como era.

Glenn entró y cerró la puerta. Pasó por encima del caído, chupándose los nudillos lastimados, y empujó la primera puerta que encontró.

Allí estaba Melisa, envuelta en una prenda rosa, de indudable sensacionalismo.

—Hola, nena. Supuse que te encontraría aquí.

Ella miró al «living» y se sobresaltó al ver a Calvert, tendido.

—Sí —suspiró Glenn—. Siempre se pone pesado, ya sabes cómo es.

—¡Maldito seas! —rugió, abofeteándole.

Luego pasó por su lado y corrió a arrodillarse junto al caído.

El joven se dejó caer en un sofá, junto al carrito de las bebidas, y se escanció una dosis generosa de ginebra, puso un poco de hielo y lo regó con *seltz*.

—Con vuestro permiso —ironizó—. Mi estómago reclama un tónico.

Calvert recobraba el conocimiento, arrullado por Melisa. Sacudió la cabeza, hizo ejercicios maxilares y se sentó en el suelo. Al verle, recordó lo ocurrido, y se puso en pie de un salto, pero había perdido toda belicosidad.

—¿Qué buscas aquí, asesino? —ladró—. La policía le persigue por haber matado a Sammy… ¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

Glenn bebió el «gin-fizz» sin alterarse.

—Lo hace muy bien, Calvert. Puede que Melisa le aplauda, pero… el caso es que no maté a Sammy. Hay una razón para ello: andaba a la zaga de Melisa, puesta como cebo por Kramer para alejarme del Palacio de los Deportes. ¿No es verdad, nena?

—¡No sé de qué hablas!

Glenn lanzó una carcajada que no tenía nada de divertido, y terminó su bebida, sintiéndose reconfortado.

—Vengo de hablar con Kramer y me lo ha contado todo. No vale la pena mentir ya, Melisa. Él ha confesado.

—¿Qué es lo que ha confesado?

—La muerte de Sammy y tu participación.

Saltó hacia él, engarfiadas las manos.

—¡Eso no es cierto! ¡No le amaba, pero no lo hubiera matado! Una cosa es traicionarle y otra muy distinta… matar. ¡Kramer ha mentido!

—Tengo su declaración.

—¡Te digo que no es verdad! ¡Él me pidió que le ayudase para que Sammy accediera a retrasar el pago! Los dos sabíamos que los culpables de su negativa erais Max Elder y tú. Por ello ideó lo del rapto, seguro de que Sammy se hundiría al saberlo, pero tú impediste que él se enterara.

—Así es. Pero los dos pretendíais algo más, puesto que envenenasteis su almuerzo.

—¡No lo hice yo!

—¿Quién, entonces?

—Kramer.

—Vaya; algo va saliendo. Kramer envenenó el almuerzo; más concretamente, la leche que Sammy bebía. ¿Y todavía afirmas que no eres cómplice, Melisa?

—Pero Francis no quería matarlo: no es de ese tipo de personas. Un crimen es algo muy serio. La dosis de veneno en la leche no era mortal, salvo para un gato o un animal pequeño. A Sammy solo le hubiera provocado unos trastornos digestivos, suficientes para impedirle subir al «ring» o, en todo caso, hacerlo en inferioridad de condiciones.

—Y cuando el envenenamiento falló, pusisteis en práctica el segundo plan: tu falso rapto.

—Sí.

—Pero esto tampoco os dio resultado, y entonces me hiciste abandonar a Sammy para que Kramer lo matara.

—¡No, yo no sé nada de eso, y no creo que Kramer haya llegado al crimen!

Melisa estaba al borde de un ataque histérico, y Guy Calvert se precipitó de pronto contra Glenn, furioso.

Consiguió golpearle en un pómulo, pero el muchacho replicó rudamente, hundiendo su puño en el estómago del galán.

Este se dobló, y Adams le retorció el brazo, poniéndoselo a la espalda.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Va a rompérmelo!

—Seguro, muchacho, si no colaboras. ¿Qué sabes de este asunto?

—Nada.

Glenn dio presión a su llave y Calvert gimoteó:

—¡No! ¡Le diré lo que sepa, pero afloje esa mano…!

—Eso está mejor. ¿Es verdad que firmaste como testigo cuando Sammy cobró el dinero?

—Sí.

—¿Viste los billetes con tus propios ojos?

—Sí, puedo jurarlo.

—¿Y qué ocurrió después?

—No lo sé, porque me marché con Kramer. Estaba molesto y preocupado. Su situación era difícil, a causa del Fisco.

—¿A dónde fuiste con Kramer?

—Me llevó en su coche hasta «Mercury Place», donde me reuní con Melisa.

—¿Iba Kramer solo en su coche?

—Le acompañaban Mac y Duty, como siempre.

Si lo que decía Calvert era cierto, Kramer era ajeno a la muerte de Sammy, a menos que hubiera encargado a otros matones su asesinato, cosa improbable, habiendo por medio tanto dinero. El «gangster» solo confiaría en sus dos guardaespaldas.

—«Mercury Place» queda cerca del Palacio de los Deportes, ¿no es cierto?

—Sí, pero… no veo…

—Lo comprenderás inmediatamente, Calvert. Porque tú pudiste retroceder, recoger mi coche, que previamente habías escondido por las cercanías, y aguardar a Sammy en el callejón posterior.

—¿Quiere decir que yo maté a Sammy?

—¿Por qué no? Tenías dos motivos muy poderosos: dinero y Melisa. Y oportunidad para hacerlo.

Calvert se soltó la presa en un momento de descuido, y se revolvió como un gato, enloquecido.

—¡No! ¡No conseguirá cargarme a mí ese crimen, porque antes lo mataré! —chilló.

Estaba junto a una mesa, y en un instante abrió un cajón, del que sacó una pistola.

—Y ahora, voy a cumplir mi palabra. ¡Estoy harto de usted y de sus modales…!

Glenn leyó en los ojos de Calvert que iba a disparar, y se llamó estúpido por aquel final tan falto de lógica.

Vio que el dedo de Calvert empezaba a curvarse sobre el gatillo, pero Melisa se puso en movimiento:

—Quieto, Guy, vas a arruinar nuestras vidas. ¿No le busca la policía? Entrégalo: ellos se harán cargo del trabajo, legalmente. Si lo matas, tarde o temprano te encontrarán.

El frío razonamiento despejó la cólera de Calvert.

—Pero él nos acusará y…

—Que lo haga. Somos inocentes, Guy. Difícilmente pueden acusarnos de algo que no hemos hecho. Respecto a lo demás, mi alianza con Kramer, ya se encargará él de que se eche tierra al asunto, máxime siendo nosotros los que, de una manera tan brillante, hemos ayudado a la policía.

—Creo que tienes razón, querida.

Melisa observó a Glenn, con la expresión de la emperatriz que va a señalar con el pulgar hacia el suelo la suerte de su esclavo.

—Tú lo has querido.

Alzó el blanco teléfono y empezó a marcar un número. Guy miró a Melisa y la apremió:

—Date prisa.

Fue una fracción de segundo, sin duda, la única y última oportunidad de. Glenn.

La aprovechó. La botella de ginebra estaba al alcance de su mano, y la arrojó contra el apuesto galán. Melisa chilló, sin terminar de marcar, y Guy volvió el rostro para advertir demasiado tarde la proximidad del improvisado proyectil.

La botella le golpeó en el pecho, arrancando un sonido hondo. Calvert se quedó sin aliento y sin fuerzas. Boqueó buscando aire para sus doloridos pulmones, pero el dolor intenso le impidió dilatar el torso, y se tambaleó a punto de caer.

Glenn saltó por encima de una mesa, empujó a Calvert y ganó la salida, antes de que Melisa pudiera establecer la comunicación telefónica con la policía.

CAPÍTULO XI

Anduvo caminando sin rumbo, durante horas. Se sentía acosado y vacío. Había dado por supuesto que Francis Kramer era el culpable y, sin embargo, empezaba a albergar sus dudas. La gente no miente cuando cree que va a morir; no puede seguir engañando cuando se ve acorralada en una situación límite. Y tanto Kramer como Melisa habían tenido oportunidad de apreciar su cólera y temer por su seguridad. Pero ni por un solo instante habían dejado entrever un ápice de complicidad en la muerte de Sammy. Y Glenn ya no sabía seguir adelante. Por primera vez en su vida sentía el desaliento que produce el fracaso. Abandonado en la gran ciudad, perseguido por la policía, considerado culpable, y sin argumentos para contrarrestar la acusación formulada por el teniente Palmer, empezaba a temer que su futuro inmediato sería el largo calvario de un proceso, en el que su culpabilidad quedaría de manifiesto.

Solamente había una posibilidad para demostrar su inocencia: pero para ello necesitaba encontrar el taxi que había empleado a la salida del Palacio de los Deportes; precisaba que el chofer le recordase sin lugar a dudas, que hubiera grabado en su memoria la hora exacta en que habían perseguido el taxi empleado por Melisa y, sobre todo, necesitaba que el forense estableciese que la muerte de Sammy había tenido lugar precisamente en el intervalo de tiempo que él permaneció en el taxi, lejos del escenario del crimen.

Eran demasiadas condiciones imprescindibles para que todas ellas se reunieran y le salvasen. Glenn no tenía la menor esperanza. Sin embargo, debía intentarlo.

Parado junto al bordillo, pisoteó el enésimo cigarrillo de la jornada. Tenía la boca seca y amarga las rodillas flojas y un dolor lacerante en la nuca. Se sentía fatigado, roto interiormente y desesperado.

Un furgón se detuvo en la esquina, y de él bajó un muchacho con un paquete de periódicos bajo el brazo, cuyos titulares empezó a vocear. Solo entonces Glenn se dio cuenta de que estaba amaneciendo, y que la ciudad parecía desperezarse. El arrapiezo se le acercó ofreciéndole un ejemplar, que compró. El furgón desapareció, dejando al muchacho en el sector, gritando sus noticias. Glenn empezó a caminar y desplegó el periódico. En la sección deportiva venía la reseña del combate de Sammy, su triunfo glorioso y la sensacional noticia final de su muerte, con amplios detalles de las pesquisas practicadas por la policía. Un nombre se destacaba en uno de los titulares:

«CAMPEÓN ASESINADO POR SU SECRETARIO, GLENN ADAMS»

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Definitivamente, era un hombre marcado. Por fortuna, no habían encontrado una fotografía suya, pues no la habían publicado. Esto le daba un cierto respiro. Un nombre en la enorme ciudad no es nada; los vecinos son desconocidos; los habitantes de una calle, de un barrio jamás llegan a coincidir en un mismo punto; en la gran ciudad, un nombre se pierde como una gota de agua en el mar. No así un rostro, si se reproduce millones de veces en otros tantos ejemplares de periódico que todo el mundo lee.

En medio de su desventura, Glenn se sintió satisfecho, aunque solo por unos breves instantes. De pronto recordó a Nina Benson y a la fotografía que ella le había sacado unas horas antes. Si la había publicado, estaba perdido… y él le permitió que lo hiciese, quizá porque tenía la seguridad de que Kramer había matado a Sammy, y que él podría arrancarle la confesión.

Con ansiedad mal disimulada, compró un ejemplar de cada uno de los periódicos cuyos vendedores encontraba a su paso, y miraba las informaciones que publicaban sobre el crimen. Ninguna llevaba su fotografía. Por fin, con creciente nerviosismo, adquirió el periódico donde Phil Lydon y Nina trabajaban. Bajo una farola revisó sus hojas. Lydon había hecho una buena información del combate, destacaba la gran clase de Sammy, y luego entonaba un canto a su personalidad, con motivo de su muerte. La información sobre el crimen era amplia y sensata. Relataba lo que Glenn ya sabía: la desaparición de Max Elder, que luego apareció inconsciente en un cuarto de desahogo, la marcha de Glenn, siguiendo una pista que Phil no especificaba, y luego el acto del pago de la bolsa por parte de Kramer, en presencia de dos testigos: Guy Calvert y Henry Norval, el conserje. Después, Sammy había quedado solo, esperando a sus inseparables Max Elder y Glenn Adams, sin comprender cómo le habían abandonado en una hora tan gloriosa para él. Cuando ya pensaba marcharse, le avisaron por teléfono que Max le aguardaba en la puerta posterior con el coche preparado, a fin de eludir el entusiasmo de los aficionados y la gente que quería pedirle autógrafos. Sammy salió por la puerta de servicio y… encontró la muerte en la trampa que el asesino le había preparado. Luego citaba Phil Lydon que la policía sospechaba de Glenn Evans, por haber sido su coche el que atropelló a Sammy, pero Lydon terminaba expresando sus dudas de que tal cosa fuera cierta, ya que le constaba la sincera amistad existente entre Glenn y el difunto.

¡Buen muchacho Phil! Era la única ayuda que recibía en un momento como aquel.

Pero lo que más le extrañó fue que no aparecía su fotografía, la que

Nina le había sacado en la escalera. Resultaba desconcertante aquello, porque su publicación hubiera supuesto un notable triunfo para el periódico. Jamás un fotógrafo profesional dejaría de dar a la publicidad un documento como aquel, que constituía el mejor timbre de gloria. Sin embargo, Nina había prescindido de aquel éxito fácil.

Glenn olvidó la búsqueda del taxista para regresar al apartamento de Nina, situado bajo el de Sammy. Cuando llegó al edificio, una señal de alarma se encendió en su cerebro y le hizo detenerse. Forzosamente, el teniente Palmer habría puesto vigilancia allí, por si él volvía.

Desde detrás de uno de los periódicos, convenientemente desplegado, echó una ojeada a los alrededores, y no pudo contener un sobresalto al identificar un coche patrulla en la esquina.

Retrocedió sin prisas para no llamar la atención, y entró en un bar, donde pidió un sólido desayuno que renovase sus energías. Mientras se lo preparaban entró en una «cabina» telefónica, buscó en la guía el número de Nina, y lo marcó.

El timbre sonó durante un minuto largo antes de que una voz soñolienta preguntara:

—¿Quién es?

—¿Nina? Soy yo.

No se atrevió a dar su nombre. La muchacha no lo necesitó para reconocerle. El sueño desapareció de su voz y preguntó, anhelante:

—¿Dónde está? ¿Qué ha sido de usted?

—Voy de un lado para otro. Nina, he visto el periódico. ¿Por qué no publicó la foto?

Debía ser una pregunta difícil de responder porque ella tardó más de lo debido.

—Yo… pensé que le haría mucho daño. ¿Por qué no viene? Debe estar fatigado.

—Sí; lo estoy, pero… no puedo. Hay vigilancia.

—Oh, comprendo. ¿Dónde está? Iré a buscarle.

—No debe hacerlo. Ya se ha comprometido bastante…

Acabó diciéndole el nombre del bar. Luego regresó a la mesa donde empezó a despachar vorazmente el desayuno. Terminaba cuando apareció Nina en la puerta. Iba envuelta en un abrigo ligero, de color oscuro, que daba a sus facciones una tonalidad luminosa.

Glenn se incorporó y le puso a Nina la silla para que se sentara.

—Está demacrado.

El muchacho, instintivamente, acarició una de las manos femeninas. La encontró fría, pero suave y cariñosa.

—¿Por qué ha venido? ¿Por qué no ha publicado la foto? ¿Por qué se preocupa por mí?

Ella bajó la cabeza y Glenn hubiera jurado que se le encendían las

mejillas.

—No pregunte. Hay cosas más importantes en las que pensar. ¿Qué va a hacer? La policía nos dará hoy fotografías suyas, obtenidas del permiso de conducir, del pasaporte o de cualquiera otro documento. La edición vespertina las publicará, y antes de la noche usted habrá sido encontrado, a menos que se encierre en algún sótano inaccesible. No puede seguir así, Glenn. Si es inocente, debe demostrarlo. Esto que hace no consigue más que una cosa: persuadir a todo el mundo de su culpabilidad.

—Estoy suficientemente comprometido para agravar más mi situación: soy una presa ideal para un fiscal ansioso de éxitos profesionales. No tengo apenas defensa, así que debo hacer algo por justificarme antes de qué me inmovilicen.

—¿Cómo va a conseguir probar su inocencia?

—Al principio pensé que sería muy fácil: había reaccionado de una forma primaria, y estaba persuadido de que Francis Kramer era el autor del crimen. Pero ahora ya no lo estoy tanto. La verdad es que me encuentro desorientado.

—¿Por qué no examinamos la cuestión con lógica?

Glenn levantó la vista de su taza de café, y encontró la mirada limpia y anhelante de los verdes ojos femeninos. En ellos había amistad, y fe y también esperanza. Era una sensación nueva sentirse contemplado con aquella devoción. Glenn oprimió las manos femeninas por encima de la mesa y sonrió.

—¿Por qué lo hace?

—¿El qué?

—¿Por qué está aquí? ¿Por qué me ayuda?

Nina se soltó de las manos de Glenn y apuntó:

—Deberíamos marcharnos. La policía vigila el apartamento, y podrían girar una ronda por los locales próximos.

Glenn comprendió lo razonable de la proposición, y llamó al camarero para abonar la consumición. Luego salieron del bar, que ya empezaba a llenarse con los primeros madrugadores.

—Tengo ahí aparcado mi coche —anunció ella.

Subieron al vehículo, y Glenn se situó tras el volante.

Nina quedó junto a él, arrebujada en su abrigo matinal, exóticamente desprovisto de retoque su rostro fresco y limpio, y Glenn se sintió atraído por su gracia natural.

Pasó el brazo por los hombros femeninos y, suavemente, se besaron. Mientras duró la caricia, Nina cerró los ojos, estremecida, y cuando al fin se separó, de su garganta brotó un breve sollozo que ahogó valientemente, mirando en dirección opuesta, por la ventanilla a la calzada.

—¿Por qué no te habré conocido antes? —preguntó Glenn, hablando consigo mismo—. Hubiera sido todo diferente… En cambio, ahora no

tengo derecho a…



— *¡Yo no he matado a Sammy!*

Abrió la portezuela y empezó a bajar para marcharse, pero Nina se volvió y le retuvo.

—No te vayas —pidió, y luego le abrazó con total entrega—. Te amo, Glenn, y no te abandonaré. ¿Por qué crees que no he publicado tu foto? ¿Por qué imaginas que estaba al acecho en la escalera de servicio para librarte de la policía?

Sin palabras, permanecieron enlazados largo rato, concediéndose unos minutos para disfrutar de aquella felicidad que intuían fugaz, y que les sabía amarga, por la amenaza que pendía sobre sus cabezas.

—Estoy, pensando… —Glenn se apartó de Nina, espoleado por una súbita idea—, estoy pensando quién habrá podido dejar en mi apartamento el cheque por diez mil dólares que Kramer dio a Sammy. Dudo que Kramer conociera la dirección de mi casa.

—Quizá la guía telefónica… —apuntó Nina.

—No figura a, mi nombre, sino al del anterior inquilino.

—Sí que es extraño.

—Parece como si desde el principio hubieran decidido acusarme de la muerte de Sammy. Cuando salí en persecución de Melisa, ya no encontré mi coche: lo habían robado antes de que terminara el combate, y no me entretuve en denunciar su desaparición para no perder la pista de Melisa. Luego, cuando regresé, encontré a Sammy muerto. No lejos de allí, me imagino, hallaría la policía mi coche con huellas del atropello, y, dentro, el sobre que guardaba el dinero que Kramer dio a Sammy… El hallazgo del cheque en mi casa completa el cuadro de acusaciones contra mí.

—Lo prepararon todo muy bien. ¿Quién conocía tu domicilio?

—Sammy, Melisa, Max Elder y, supongo, que Guy Calvert, a quién se lo diría Melisa.

—¿Alguien más?

—Quizá alguna otra persona, pero nadie relacionado con este caso. A Sammy tuvo que matarlo alguien que estaba muy próximo a él. Tanto, que conocía sus costumbres y estaba enterado de los pasos que daba.

—¿Realmente, queda Kramer descartado?

—No lo sé. También pudo ser Melisa: ella le odiaba, a pesar de ser su esposa. O bien Calvert, quien obtendría así el dinero de Sammy y la mujer.

—¿Cómo entrarían en tu apartamento?

—Lo ignoro. Ni siquiera sé si hubo fractura para entrar.

—No creo, pues la policía lo hubiera dicho. Si no es así, tuvieron que utilizar una llave. ¿Quién tenía llaves?

—Que yo sepa, solo Max Elder, a quién se la di para que durante las horas anteriores al combate, guardara allí a Sammy. Pero no puedo creer que Max…

Se interrumpió, marcándose una honda huella en su frente.

—¿No has vuelto a tu apartamento?

—Lo he pensado, pero supongo que la policía lo tendrá vigilado. Claro que habría una posibilidad… y podría ser interesante: quizá el asesino dejó allí alguna huella que la policía puede no haber advertido, por la sencilla razón de que no están familiarizados con el aposento…

—Sin embargo, no puedes presentarte allá. Sin duda esperan que vayas por allí.

—Pero podríamos despistarlos… si me ayudases. Claro que sería un riesgo para ti: el teniente Palmer se enfadaría.

Nina no vaciló un instante.

—Vamos.

Había resolución en su mirada, y Glenn puso el coche en marcha. Por el camino ultimaron detalles y al llegar ante el edificio de apartamentos donde estaba el del joven, dieron varias vueltas hasta comprobar que solo había un coche patrulla de vigilancia.

Toma la llave —dijo al entregársela—. Entra en el piso y aguarda como cinco minutos, pero no toques nada. Luego abandónalo y esconde la llave debajo de la alfombra, al final de la escalera. Yo subiré luego y la recogeré. Asegúrate de que la policía te sigue.

—Lo haré, Gleen. No te preocupes por mí.

—Bien. Yo bajaré en esta esquina. Desde aquí podré ver toda la operación. Tú continúa con el coche y apárcalo ante la puerta, para que te vean bien.

Frenó y recogió el beso que Nina le ofrecía. Los jugosos labios tenían un temblor que a Glenn le emocionó por la preocupación que denotaban.

—Suerte.

Siguió ella el camino, y Adams quedó a la expectativa, protegido en la esquina. Desde allí, teniendo a la vista el reloj, dejó que el tiempo transcurriera, haciéndose los cinco minutos convenidos más largos que horas. Al fin vio salir a Nina, y casi pisándole los talones a un individuo de paisano, que supuso pertenecía a la policía. El coche de la muchacha se apartó del bordillo, y cuando estaba a cierta distancia, el agente hizo señas al coche patrulla para que fuera a recogerle, cosa que cumplió en el acto, saliendo en persecución de Nina.

Glenn sonrió, satisfecho, cruzó la calle y subió en el ascensor. Luego recogió la llave de debajo de la alfombra, y entró en su apartamento.

Lo primero que hizo fue recorrerlo en toda su extensión, comprobando de una ojeada que nada había cambiado sustancialmente. Luego lo revisó con mayor meticulosidad.

Por allí habían pasado Sammy y Max Elder, además de la brigada de policía. Todo estaba sucio. Elder había dejado vasos y botellas de leche, así como restos de una comida sin recoger. Sobre una silla yacía un jersey de Sammy, y en un rincón, tirados de cualquier forma, sus zapatos que había

cambiado por botas de loria antes de dirigirse al Palacio de los Deportes. En el baño habían malgastado jabón, toallas y linimentos sin tasa. Todo estaba en desorden, y en medio de aquel caos, el asesino había dejado un cheque firmado por Kramer, que serviría para conducir a Glenn a la silla eléctrica.

No había rastro alguno del asesino, que pudiera apreciar. Sacudió la cabeza, irritado consigo mismo por haber hecho correr a Nina un riesgo innecesario, y encendió un cigarrillo. El humo le calmó. Por espacio de un par de minutos estuvo chupando nicotina, hasta que de pronto decidió marcharse.

Alargó la mano y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Solo entonces lo vio.

Entre otras colillas suyas, que conocía por la forma en que las aplastaba, otra que no le pertenecía. La miró, perplejo. No era, además, de su marca sino de «Kool», una especialidad mentolada que no le agradaba. ¿Quién podía haberla dejado allí?

La examinó con el nerviosismo del perro que ha encontrado un rastro de la pieza que busca.

¿A quién pertenecería? Ni Sammy ni Max fumaban, como buenos deportistas. No tenía huellas de carmín, luego no podía pertenecer a Melisa. Y la policía nunca hubiera fumado en acto de servicio y, menos, arrojado la colilla en un lugar donde estuvieran investigando algo.

¿Quizá el asesino? ¿El que dejó allí el cheque de Kramer?

No podía entretenerse en más hipótesis, por lo que buscó un sobre y en él guardó la colilla, cuidando de no alterarla en lo posible, a fin de practicar en ella un análisis cuidadoso.

Luego abandonó el apartamento, con la clara sensación de haber descubierto algo verdaderamente importante.

Pulsó el botón del ascensor y vio cómo la aguja se movía indicando la ascensión, pero apenas habíase puesto en marcha la caja, cuando oyó pasos a su espalda.

Se volvió, alarmado, y exhaló un suspiro, comprobando que sus temores habían sido ciertos.

CAPÍTULO XII

Mac y Duty, los matones de Kramer, le sonrieron. Pero no era aquel un gesto amistoso, Glenn lo comprendió sin demasiadas cavilaciones. Era más bien como el ladrido final del podenco que ha clavado sus dientes en la liebre atolondrada.

—Hola, chico.

Mac no despegó los labios. Se limitó a lanzar su puño hacia adelante, incrustándoselo en el estómago.

Glenn no tuvo fuerzas para chillar. Se dobló, sintiéndose morir. Allí acababa todo. Ahora no iba a burlarse de ellos. Después de todo, hubiera sido preferible la policía.

Duty farfulló una protesta:

—Ya sabes lo que dijo Francis.

—¡Al diablo él y sus consejos! Me he cobrado una cuenta personal. Todavía nadie me había maniatado como un fardó.

—Tenemos que sacarlo de aquí.

Dos pares de manazas se posaron sobre el estremecido cuerpo de Glenn, todavía envuelto por las brumas de la inconsciencia y el dolor.

—Bajaremos por la escalera para que nadie nos vea.

Poco a poco, Glenn fue recobrando el ritmo de su respiración, y, aunque notaba ramalazos de intenso dolor, se podía mantener en pie.

—Además de los puños, tenemos dos pistolas —advirtió Mac—. Si pides ayuda a los tipos con los que podamos cruzarnos, tendrás ocasión para lamentarlo.

Era demasiado temprano para que hubiera mucha gente en los rellanos, y así cuando llegaron al portal, Glenn, ni aun desdeñando el aviso de Mac, habría podido buscar la salvación pidiendo ayuda.

—Eres razonable —gruñó Duty, al tiempo que lo metían en un coche negro.

Mac se puso al volante y su compañero se encargó de Glenn. Con las manos sobre el estómago, el muchacho notaba un creciente alivio. Ninguno despegó los labios durante largo rato, y solo la mirada burlona de Mac por el retrovisor parecía refocilarse con la expresión de dolor del muchacho.

Salieron de Manhattan y pasaron al Bronx, lejos evidentemente del radio de actividades de Kramer.

—Estáis buscando un sitio apropiado para matarme, ¿verdad?

No le respondieron, y continuó la carrera hasta que llegaron a un viejo barracón, junto a una playa pedregosa, que ni los más entusiastas bañistas

se atreverían a invadir.

—Aquí es, chico.

Entraron en el barracón por una puerta que crujió siniestramente. El sol entraba por unas ventanas veladas por toneladas de polvo y telarañas. Glenn paseó la vista por allí, diciéndose que no era un lugar muy hermoso para morir, y se volvió hacia los dos matones.

Estos se habían quitado las chaquetas y enrollaban meticulosamente sus camisas por encima del codo. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del muchacho. Al mismo tiempo, el estómago volvió a lamentarse. Era peor que morir. Sin duda, debía tratarse de una idea muy personal de Mac y Duty. Cuando lo dejaran, nadie podría hacer carrera de él… si es que quedaba con vida.

La perspectiva de una existencia tendido en una cama o desmadejado sobre un sillón de ruedas, pensando en lo feliz que pudiera haber sido normalmente con Nina, le enfureció. No tenía la menor posibilidad frente a dos colosos marrulleros como Mac y Duty, pero al menos buscaría la forma de encolerizarlos lo suficiente para que acabaran el trabajo.

Mac volvió a reír. Esta vez su hilaridad adquirió las proporciones de un relincho grotesco. Glenn retrocedió lentamente, sin necesidad de fingir para mostrar un aspecto asustado. Quería llegar a la mesa que veía al fondo, donde quizá unos chiquillos juguetones habían amontonado arena húmeda, formando moldes con cubos de playa. El tiempo había resecado la arena, pero esta permanecía allí, como única esperanza.

Llegó a la mesa y suspiró, aliviado. Mac y Duty habían avanzado entretanto, regocijándose por el entrenamiento inesperado que iban a tener.

Glenn se apoyó en la mesa, con las manos a la espalda, y cogió dos puñados de arena.

Esperó a que el cerco se estrechara. Mac lanzó un juramento que pareció la señal de ataque, porque se abalanzó contra él como un toro.

Duty le siguió, aunque algo retrasado, y eso le salvó. Glenn arrojó uno de los puñados de arena a los ojos de Mac, que recibió de lleno el impacto, quedando cegado en el acto. Aulló como un diablo, y se llevó ambas manos al rostro, pero no pudo frenar su marcha. Glenn, con la furia que le daba su estómago estremecido, levantó el pie y lo incrustó sin miramientos en el vientre del gigante, que se desplomó, como sin vida. Adams, creyéndose vencedor, se precipitó demasiado.

Arrojó el otro puñado de arena a Duty, pero este había visto lo ocurrido a su compañero, y se cubrió con el antebrazo.

Luego, golpeó.

Glenn recibió el impacto en el plexo solar, y creyó que todas las costillas habían quedado trituradas en un instante. Incapaz de respirar, ahogado casi, se derrumbó como un fardo.

Oyó a Duty insultarle con argot de boxeador callejero, y vio la mole que le caía encima.

Notó una patada en un costado, luego otro golpe detrás de la oreja, y la niebla que se cernía sobre él, para ahogarle.

Escuchó inesperadamente que la puerta se abría y luego, un grito, una advertencia, varias maldiciones y los violentos impactos que dos hombres se propinaban mutuamente, en una pelea que ya no le tenía a él por protagonista.

Se incorporó pesadamente, y cuando consiguió enfocar su mirada, se sorprendió al ver cómo Max Elder castigaba reciamente a Duty, sin darle tiempo a reponerse.

La escena le divirtió, y bastó para animarle lo suficiente como para incorporarse. Elder, al verle, le gritó un saludo:

—¡Hola, Glenn! Creo que he llegado a tiempo.

El muchacho vio un taburete próximo, y lo alzó cuando Duty, retrocediendo, había llegado a dónde él estaba.

Lo descargó sobre la nuca del matón, y este se derrumbó, fulminado.

—¡No tenías derecho a quitármelo de en medio! —protestó Max—. ¡Me pertenecía!

Glenn se apoyó en Elder, demasiado débil todavía.

—¿Qué haces aquí, Max? Tu aparición ha sido muy oportuna.

—Os seguí desde tu apartamento. Llegué cuando te metían en el coche, y decidí echarte una mano. Un poco más y llego tarde. ¿Con qué le diste a Mac? Es un tipo más duro que Duty.

—Pero más impulsivo también. Le arrojé arena a los ojos, y luego avancé el pie.

Examinó a Mac, que empezaba a recobrarse.

—Una lección que tardará en olvidar. ¿Qué querían hacer contigo?

—Al principio, pensé que iban a matarme, pero luego…

—Se lo preguntaremos a Mac.

Elder se inclinó junto al caído y le abofeteó hasta que se despertó lo suficiente para oír lo que Elder le preguntaba. Luego, respondió trabajosamente:

—Kramer nos mandó… darte una lección No se trataba de matarte… pero tenías que sufrir un escarmiento, por habernos maniatado y encerrado anoche.

Max se volvió hacia el muchacho.

—¿Eso le hiciste a Kramer?

Glenn asintió y, acto seguido, contó cuanto había ocurrido.

Luego, ya bastante repuesto, preguntó:

—¿Tienes la llave de mi apartamento, Max?

El preparador asintió y la buscó en sus bolsillos, pero, después de revisarlos todos, negó, con extrañeza:

—No la encuentro. He debido perderla.

—¡Qué raro!

—¿Por qué? ¿Qué es lo que piensas, Glenn?

—El asesino estuvo en mi casa, y dejó allí un cheque por diez mil dólares, firmado por Kramer, que este dio a Sammy. Esa es una de las mayores pruebas que la policía tiene contra mí. Es evidente que yo no lo puse, porque soy inocente, luego tuvo que hacerlo el asesino… ¿quieres decirme cómo sabía el asesino cuál es mi apartamento y, sobre todo, cómo tenía mi llave?

Max Elder había ido arrugando la frente mientras escuchaba a Glenn, y al final tuvo que estallar:

—¿Qué es lo que insinúas, maldita sea? ¿Vas a decirme que crees que yo he matado a Sammy para robarle, y que luego he querido inculparte?

Le brillaban los ojos por la furia, y apretaba los puños como si fuera a descargarlos sobre el muchacho.

—¡Si fuera cierto lo que piensas, no hubiera corrido en tu ayuda ahora! Habría sido más sencillo dejar que estos dos acabaran contigo.

—En ese caso, ¿cómo no tienes la llave? ¡Esa debió ser la que utilizó el asesino para entrar en mi apartamento!

—Si yo fuera culpable, la tendría, ¿no crees?

—¡No! Habrías de ser muy tonto para confesar que obra en tu poder, porque eso te acusaría claramente, ya que no hay más que dos llaves: la que te presté y la que me reservé yo.

—¿No recuerdas que me golpearon en el Palacio de los Deportes? Debió ser entonces cuando me la robaron.

Glenn miró a su amigo largamente. Podía ser verdad. La agresión de que había sido víctima Max Elder debió producirse no solo para dejar a Sammy desamparado, sino también para sustraer la llave de los bolsillos de Max. Pero, en ese caso, el asesino era alguien muy próximo a ellos, alguien que conocía detalles como aquel.

No obstante, Glenn quería apurar todas las posibilidades.

—¿Y quieres decirme que con un golpe tan pequeño pudieron noquearte?

—¡No sé si fue pequeño o grande! —gritó Max—. Solo sé que perdí el conocimiento. ¡O me narcotizaron, no lo sé, maldita sea! ¿Vas a pasarte la mañana acusándome de algo que no he cometido?

Era todo demasiado extraño, demasiado sujeto a contingencias imprevisibles para creer en las palabras de Max Elder. Solo él parecía el culpable ideal, pero Glenn se resistía a creer que su amigo, el hombre que había perdido varios años haciendo de Sammy un campeón, arruinase la obra de su vida, por un puñado de dólares. Era demasiado bajo, y no parecía encajar con el carácter noble y deportivo de Max.

—¿Con quién hablaste de las horas que precedieron al combate?

—No sé; en el vestuario había demasiada gente cuando llegamos. Ya sabes lo que ocurre en casos como este, en que se disputa el título: fotógrafos, periodistas, curiosos, cazadores de autógrafos… Charlamos unos minutos, y luego tuve que echarles a todos para que Sammy se cambiara de ropa tranquilamente y descansara un poco, antes de subir al «ring». Era demasiado lo que se jugaba para no tomar todas las precauciones.

—¿Les contaste dónde habíais pasado el día?

—Claro; ya sabes: eso es lo primero que preguntan los reporteros. Que dónde has estado, que si has hecho ejercicio, que cuál es la comida que ha tomado…

Glenn respiró hondo mientras en su cerebro empezaba a encajar las piezas de aquel rompecabezas. Veía claramente cómo se habían desarrollado los hechos, pero el rostro del asesino jamás podía identificarlo; era como si careciera de facciones o como si una niebla muy espesa le impidiera ver normalmente.

—¿Fumas?

Max Elder arqueó las cejas.

—Ya sabes que no.

La colilla de "kool", por tanto, no pertenecía a Max. Quizá en los laboratorios de la policía podrían obtener algo positivo de ella, tal como posibles huellas dactilares, análisis de la saliva, o datos similares. Pero aunque consiguieran identificar al propietario de la colilla, no habría forma de acusarle debidamente, pues eso no significaría que él hubiera matado a Sammy, desde el punto de vista de la justicia.

—¿Qué vas a hacer, Glenn? La policía te busca. El teniente Palmer está dado a todos los demonios.

—Tengo que hacer un par de cosas antes que entregarme.

—¿Puedo ayudarte, muchacho? —le cogió del brazo—. Sé que eres inocente, y disculpo tus recientes sospechas, en razón de tu especial situación…

Se sintió agotado, no tanto por las horas en que no había descansado ni un segundo, como por los puños de Mac y Duty. Los miró. Se removían en el suelo, recobrados los sentidos, pero demasiado atemorizados todavía. Mac tenía los ojos enrojecidos y lloraba copiosamente para librarse de la arena que todavía le cegaba. Ninguno de los dos intentaría ninguna agresión en aquellas condiciones.

—Sí, Max. No estoy muy fuerte y… quiero visitar a Kramer.

—¿Para qué?

—Tengo que devolverle a estos dos simpáticos amigos… y de paso charlaremos algo.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—Iremos en tu coche, y abandonaremos aquí el que me trajo. Busca

unas cuerdas o alambres para atarles: no quiero riesgos.

Al poco, volvió Max con unos alambres oxidados.

—Es todo cuanto he podido hallar.

—Serán lazos de seda para estos tipos. Ocúpate de Duty. Yo tengo especial interés en Mac.

De un manotazo lo incorporó y le hizo volverse. Luego enrolló alambre en torno a las nudosas muñecas del matón, sin contemplaciones. Mac empezó a maldecir y retorcerse para librarse de la terrible presión, pero un puñetazo en los riñones le hizo ser más razonable.

—Yo también conozco trucos de vuestros bajos fondos, compadres.

Los esfuerzos de Mac habían servido solo para cortarse la piel con los alambres. Un hilo de sangre le había manchado ya el puño de la camisa, y empezó a lanzar palabrotas y obscenidades, pero Glenn cortó en seco sus expresiones de cólera:

—Una palabra más y aprieto hasta ver el hueso.

Fue una frase mágica. Mac se mordió los labios y permaneció quietó, sin que por ello pudiera evitar que en sus ojos se acumulara el odio.

No había peligro de que moviera siquiera los párpados porque el menor gesto le producía un vivo dolor. Era lo que Glenn necesitaba para librarse de la tensión de vigilar a ambos matones.

Una vez en el coche, se relajó y cerró los ojos mientras Max conducía. Casi se durmió. Desde luego, la longitud del trayecto le permitió descansar a fondo y recobrar fuerzas. Una vez en Manhattan, Glenn pidió:

—Llévame al Palacio de los Deportes.

—Allí no encontrarás a Kramer.

—Ya lo sé: quiero comprobar algo antes.

Elder no preguntó, y se limitó a seguir las instrucciones del muchacho. Cuando, al fin, llegaron, Glenn saltó del asiento y pidió:

—Quédate vigilando a estos.

Entró acto seguido y preguntó por el conserje, Henry Norval. Lo encontró en una de las galerías inspeccionando la reparación de unos asientos.

—¿Presenció anoche el acto del pago de la bolsa a Sammy?

—Sí, señor. Firmé como testigo, incluso, y lo dije a la policía.

—¿Quién fue el otro testigo?

—Guy Calvert, me lo presentaron en aquel instante.

—¿Vio cómo Kramer daba el dinero a Sammy?

—Sí. Lo contó en presencia de todos.

—¿Qué ocurrió después?

—Salimos todos del vestuario y quedó Wells, esperando a su preparador, dijo.

—¿Y Kramer?

—Se marchó junto con sus dos… guardaespaldas.

—¿También se marchó Calvert?

—Desde luego: en un taxi.

—¿Y usted?

—Oh, pues… me quedé, naturalmente. Los empleados tenemos mucho trabajo, después de que se va el público.

—¿Cuánto tardó aproximadamente en salir Sammy?

—Algo más de quince minutos.

—¿Sabe quién de ustedes pasó una llamada telefónica al vestuario de Sammy?

—Pues… fui yo, pero… ¿cómo se ha enterado? No lo he dicho a nadie.

—¿Usted personalmente? ¿No hay telefonista?

—Sí, pero ya se había marchado, y yo ocupé su puesto.

—¿Se identificó la persona que llamó?

—Dijo que era Max Elder.

Glenn dio unos billetes y, sonriente, se alejó. Cuando entró en el coche, Max le miró curiosamente.

—¿Qué has averiguado, muchacho? Pareces satisfecho.

—Lo estoy.

El gimnasio de Kramer estaba próximo, y llegaron unos minutos después. Elder pegó el coche al bordillo, y se volvió hacia Glenn.

—¿Qué te traes entre manos? Sabes algo que no me has dicho ¿No confías en mí?

—¿Por qué no, Max? Después de haberme salvado hace un rato, debo creerte. Ayúdame a sacarlos, y vete con precauciones. Esta es una guarida de lobos.

Glenn cogió a Mac por el brazo y empujó la puerta. Siguiéndole los pasos, Max conducía a Duty. Los dos empuñaban las pistolas de los matones, dentro de los bolsillos.

Como esperaba, encontraron a Bud, bloqueando la entrada al despacho de Kramer.

—Apártate, cabezota —ordenó Glenn, ostensiblemente empuñada la pistola dentro del bolsillo.

El ex boxeador miró a Mac y a Duty, como preguntándose qué cataclismo podía haber ocurrido para que los dos matones quedaran convertidos en mansos corderos. Luego, de pronto, enrojeció y levantó los puños, dispuesto a vengar tamaña ofensa.

—No seas tonto, Bud: no quiero agujerearte el pellejo.

En la puerta del despacho apareció Kramer, atraído por las voces.

—No le hagas caso, Bud, ese es uno de sus trucos. ¡Duro con él!

Estaba realmente furioso, pero toda su agresividad se disipó al mostrar Glenn la pistola que empuñaba.

—Esta vez no es broma. Entremos. Hay mucho que hablar.

No hubo discusión posible. Todos, incluido Bud, pasaron al despacho

de Kramer, y Glenn cerró la puerta. Francis metió el índice entre el cuello de la camisa y la piel, como si le faltara aire para respirar.

—¿Qué es lo que vas a hacer, chico? Ya me has causado demasiadas molestias, incluido pasar media noche atado y amordazado en un cuartucho de aquel club. Creo que ya es suficiente.

—¿Por qué ha mandado a Mac y a Duty contra mí?

—Tenían afán de venganza y… les dejé.

—¿Solo por eso?

—¿Otra vez vuelves a las andadas? Ya te dije que pagué a Sammy hasta el último céntimo, y que luego no lo maté. ¿Cómo voy a decírtelo para que lo creas?

—No se esfuerce, Kramer. Sé que usted no mató a Sammy.

Max miró al muchacho.

—¿Quién entonces, Glenn?

Llamaron a la puerta, y todos volvieron el rostro hacia allí. Adams retrocedió y abrió, ocultando la pistola.

Era Phil Lydon, recién afeitado y sonriente.

—¡Glenn! Tienes a la policía de Nueva York en estado de alarma por tu culpa. ¿Qué ha sido de ti en estas horas? Pero… ¿qué significan esas pistolas, y estos dos muchachos maniatados? No creo que esto mejore tu situación.

Glenn volvió a cerrar la puerta y dejó la pistola sobre una mesa próxima.

—Tienes razón, Phil. Estoy cansado de huir. Llama al teniente Palmer, y dile que estoy aquí.

—Oh, pues… ¿estás seguro de que es eso lo que te conviene?

—No consigo nada con retrasar mi captura. Adelante. Phil. Telefonéale.

—Bueno, lo haré, y me quedaré para presenciar el instante más sensacionalista de estas últimas semanas. Escribiré un gran «reportaje». La suerte me ha ayudado hoy porque no esperaba encontrar una noticia como esta: vine solo por rutina, en previsión de que Kramer supiera algo nuevo.

Levantó el auricular y llamó al teniente Palmer, dándole el mensaje de Glenn.

—Tenga en cuenta que él se entrega voluntariamente, teniente: eso será un atenuante.

Palmer ladró algo al otro lado de la línea y colgó.

Lydon volvió a levantar el auricular y miró a Glenn.

—Si no te importa, llamaré a mí fotógrafo, a Nina: unas buenas fotos redondearán el artículo. ¡Buen pisotón periodístico…!

—Haz lo que gustes, Phil. Yo ya he terminado.

Se dejó caer en un sillón, en ademán de abandono. En medio del silencio que siguió, se oyó la conversación entre el periodista y Nina, que no parecía muy dispuesta a creer en lo que Lydon le decía.

—¡Te digo que Glenn está aquí, Nina! ¿Es que le conoces? ¿Por qué te afecta tanto la noticia?

El muchacho se acercó al teléfono y tomó el aparato de manos de Lydon.

—¿Nina? Todo ha terminado ya.

—¿Has conseguido algo, Glenn?

—Creo que sí; he podido anudar unos cabos y… ¿cómo te ha ido?

—Me siguieron, como esperabas, y me detuvieron. Palmer se puso furioso conmigo por el engaño, y me amenazó con encerrarme, pero debió considerar que le sería más útil estando libre porque tú te pondrías en contacto conmigo y, de esa forma, podrían capturarte. Supongo que tengo la línea intervenida y que estarán tratando ahora de averiguar el teléfono desde el que me llamas.

—Voy a ahorrarles esa tarea: estoy en el despacho de Kramer, en su gimnasio. Ya hemos avisado a Palmer, y supongo que estará al llegar. Ven tú también, Nina, te necesito.

Colgó y se volvió hacia los reunidos. Phil Lydon parpadeaba.

—Por lo que he oído… Nina se interesa mucho por ti.

—Y yo por ella.

Kramer lanzó una maldición.

—¿Por qué no se largan de aquí? ¿Por qué no guardan esas pistolas y sueltan a mis muchachos? ¡Esto es un abuso! ¡No quiero más líos con la policía!

Max, desde su rincón, intervino:

—Antes te hice una pregunta, Glenn. Si no es Kramer el asesino, ¿quién es?

Estaba recostado sobre un radiador, y en su mano conservaba todavía la pistola de Duty.

—He hablado con el conserje del Palacio de los Deportes, y me ha dicho que anoche Sammy recibió una llamada telefónica. Una persona le pidió que saliera por la puerta posterior para evitarse curiosos y cazadores de autógrafos.

—¿Quién era esa persona?

—El conserje dice que se identificó como Max Elder.

El silencio pudo cortarse, de tan denso. El aludido se irguió de pronto y enrojecido el rostro, ladró:

—¡Esa es una condenada mentira! ¿Qué te propones, Glenn? ¡No voy a seguir soportando tus insidias! Ahora que lo pienso, quizá tú hayas matado realmente a Sammy, y andas, por eso, buscando a quién cargar con la responsabilidad. Pero no te saldrás con la tuya porque… ¡te mataré!

Alzó la pistola y apuntó al pecho de Glenn. Este no pareció impresionarse.

—Dame un cigarrito, Phil, ¿quieres?

El periodista, fija la mirada en Elder, sacó un paquete del bolsillo y lo ofreció al muchacho. Este encendió el pitillo, y aspiró el aroma mentolado, que le hizo toser.

—¡Rayos, Phil, qué tabaco fumas! ¡Esto es más propio de damiselas que de hombres con pelo en pecho! ¡Un «Kool»!

Max Elder lanzó una palabrota.

—¡Al diablo tus trucos, Glenn! ¡Voy a disparar!

—No lo hagas, Max, y cálmate. Tú tampoco mataste a Sammy.

—¿Qué… dices?

—Ni tú, ni yo, ni Kramer, ni Calvert, ni Melisa. Solo queda una persona, ¿verdad, Phil?

Las miradas de todos convergieron en el periodista que, súbitamente, perdió el color.

—¿Te has vuelto loco?

—No; hace rato que lo sé. Justamente desde que hablé con Harry Norval, el conserje del Palacio de los Deportes. Se ha extrañado cuando le he preguntado por la llamada telefónica que tuvo Sammy anoche. Él no lo había contado a nadie, según afirma. Por tanto, solo podían haberlo dicho el asesino y… Sammy. Pero todos sabemos que nuestro amigo está muerto, así que solo queda el asesino, ¡y el único periodista que ha dado ese dato en su «reportaje» has sido tú, Phil Lydon, maldito!

El reportero no aguardó a que Glenn cayera sobre él.

Se precipitó sobre la pistola que este había abandonado sobre una mesa y, cogiéndola velozmente, la volvió hacia el joven, y disparó varias veces.

Pero en todas las ocasiones el percutor cayó en el vacío, sin encontrar las cápsulas. Instintivamente, Max Elder apretó también el gatillo, apuntando al asesino de Sammy, pero tampoco brotaron de su pistola las balas.

Glenn les miró a ambos, sonriente.

—Una elemental medida de precaución —explicó el muchacho—. Quité las municiones a las pistolas en el barracón de la playa, Max, mientras ibas por el alambre: todavía no estaba muy seguro de ti, y no quería correr riesgos.

—¡Muchas gracias…! —masculló, molesto, Elder.

Phil Lydon había soltado la inservible pistola, y les miraba con expresión aterrorizada, esperando la violenta reacción de sus captores.

Pero Glenn había perdido el gusto por las violencias.

—El teniente Palmer se encargará de ti, Lydon. E irás a la silla eléctrica, por supuesto.

Se quitó el cigarrito de los labios, y lo arrojó al suelo, pisoteándolo.

—También te ha delatado esto. Quedó una colilla de este tipo de cigarrillos en mi apartamento, cuando fuiste a dejar el cheque para que la policía lo hallase. Los fumadores tienen estos actos instintivos. Terminan

un cigarrillo y lo aplastan en el primer cenicero que encuentran en su camino. Eso te perdió también. Era lo que me faltaba para asegurarme.

Max Elder farfulló:

—¿Así que fue él quien me golpeó?

—Sí; había oído que llegabais Sammy y tú de mi aposento, y decidió apoderarse de la llave para dejar allí alguna prueba comprometedora. Previamente había robado mi auto, escondiéndolo en el callejón posterior. Por su calidad de periodista, estaba enterado de los movimientos de todos nosotros, así que sabía que Sammy cobraría la bolsa. Merodeó por las dependencias hasta que vio que Kramer le pagaba al pobre Sammy, y lo demás ya podemos imaginárnoslo.

Kramer rodeó el escritorio.

—¡Y pensar que he estado a punto de cargar con la culpa!

—Sí; se aprovechó de los manejos ilegales de usted. Sabía sus dificultades con el Fisco, y luego sus relaciones con Melisa y Calvert, todas las tretas suyas para hacerle perder a Sammy, lo cual le convertía en culpable ideal, caso de fallar las pruebas dejadas contra mí. La preocupación de Phil Lydon fue embarullar las cosas para que jamás fuera descubierto.

Unos golpes imperiosos sonaron en la puerta, sobresaltándoles a todos.

—¡Abran en nombre de la ley!

EPÍLOGO

El teniente Palmer, fruncidas las cejas y ardiente la mirada, contempló a Glenn Adams, desde el otro lado del escritorio.

—Te has divertido mucho, ¿verdad?

—No lo crea. Por nada del mundo pasaría por una experiencia similar. Entre otras razones, porqué mi cuerpo aún conserva el recuerdo de esos matones.

—Todavía has tenido mucha suerte.

—Parece enfadado conmigo, teniente.

—¡Y lo estoy!

Glenn tomó el paquete de cigarrillos que el policía tenía sobre la mesa, y sacó uno, que encendió acto seguido.

—¡Me has hecho correr un ridículo espantoso!

—¿Por qué me acusó? ¿Era lógico pensar que yo hubiese matado a Sammy?

—En la policía utilizamos las pruebas.

—Es decir, que echan a un lado la lógica.

Palmer estuvo a punto de estallar, pero se atragantó, y eso salvó a Glenn.

—Debería encerrarte.

—¿Después de haber puesto en sus manos al verdadero culpable?

—Lo encontraste por casualidad.

—No; porque empecé a pensar, porque me moví y… porque, además, conocía bien a todos los personajes del caso. Usted los miraba por fuera, y yo por dentro. Usted tenía que contentarse con las pruebas o lo que le decían, mientras que yo solo me fijaba en lo que eran.

Palmer se sentó en el sillón giratorio, y cruzó las manos ante su estómago.

—Bueno, el caso es que Phil Lydon está entre rejas y que ha firmado su confesión.

—Eso es lo único que importa. ¿Y Kramer?

—Será juzgado por varios delitos menores, como atentar contra la salud de Sammy, fingir un rapto, en complicidad con Melisa, violencias en la persona de usted… Además, el Fisco le ha puesto la garra encima, y las autoridades deportivas le han expulsado de sus organismos, retirándole la licencia para organizar combates. Dudo que pueda levantar cabeza.

—Por lo que veo, Melisa se verá envuelta en el lío.

—Y también los matones al servicio de Kramer: mucho trabajo para el fiscal.

—¿Y yo?

—Había redactado una acusación contra ti —recogió una hoja mecanografiada de encima de la mesa, y paseó la mirada por ella—. Cualquier juez te condenaría a seis meses… y sabrías entonces que no es posible interferir la labor de la policía y burlarte de la ley, sin sufrir las consecuencias.

Glenn aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró fijamente al teniente.

—Lo tengo bien merecido, por imbécil. Debí dejar que corriera el mayor de los ridículos. Pero aún estoy a tiempo: contaré la verdadera historia de la captura de Phil Lydon. Había demasiados testigos en el despacho de Kramer para que niegue mis palabras.

Entonces Palmer hizo algo sorprendente: rasgó la hoja de papel.

—No me habías dejado terminar: dije que la había redactado, pero faltaba firmarla. Y… ya ves lo que hago con ella.

Sonreía, y Glenn, contagiado, tuvo que imitarle.

—Buen trabajo, muchacho. Vete. Ahí fuera hay alguien que te espera.

Salieron los dos juntos y abrieron la puerta que daba al pasillo. En el mismo instante brotó un fogonazo de «flash», y ambos quedaron momentáneamente cegados.

De detrás de la cortina luminosa, les llegó la voz de Nina Benson:

—¡Una gran foto para recuerdo!

Antes de que Glenn recobrara la visión, sintió que unos brazos muy suaves le rodeaban el cuello y que un cuerpo que adoraba se unía al suyo, haciéndole sentir un cálido bienestar.

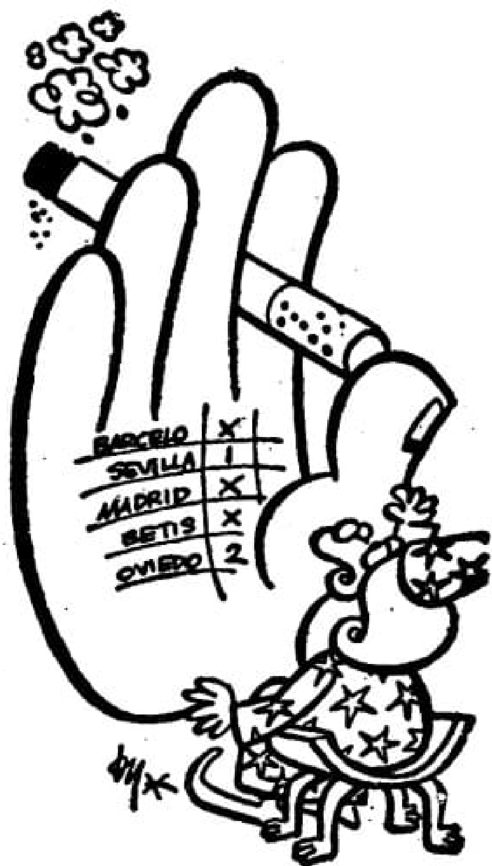
No preguntó. Se limitó a rodear la frágil cintura femenina con ambas manos, y besar los jugosos labios que se le ofrecían.

Lo demás, el teniente Palmer, los policías de servicio, los chicos de la Prensa y el pasado, quedaba a un lado, lejos del interés presente.

Glenn había encontrado algo verdaderamente digno de dedicarle su vida.

FIN

LA QUIROMANCIA



¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

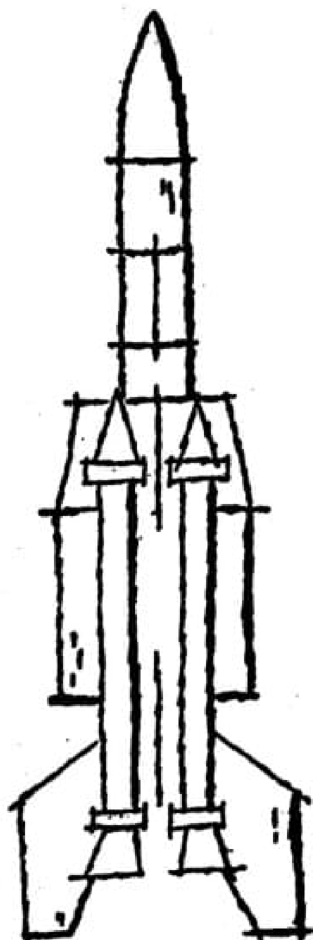
¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.

MARABU ZAS







FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortáleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain